

DEUDAS DEL CORAZON.

Drama en cinco actos, traducido del francés por D. Juan Belza, para representarse en Madrid el año de 1861.

PERSONAJES.

Enrique de Bierges (26 años).
Padre de Bierges, *consejero de Estado.* (54 años).
El Baron Chaudray, *académico y miembro del Instituto* (60 años).
El conde de Wurgen, *coronel ruso* (24 años).
El principe Novratzin (46 años).
Un Notario.
Zenko, *esclavo de la Princesa* (30 años).
Francisco, Luis *y* Fermin, *criados.*
Un General.
La Princesa Margarita Novratzin (25 años).
La Baronesa Chaudray (56 años).
Magdalena Dampmesnil (19 años).
La Condesa Gorthiany (26 años).
La Almiranta Dampmesnil (70 años).
Rosa *y* Zika *criadas.*

Primer acto en Paris; segundo y tercero en una casa de campo; cuarto en una izba ó posada rusa, en la frontera de Polonia; y quinto en Italia, en las orillas del lago de Como.

Todas las indicaciones de derecha é izquierda deben entenderse del actor.

ACTO PRIMERO.

Gabinete circular, amueblado con lujo y elegancia.—Al frente una puerta que comunica con los salones de baile.—A la izquierda, primer término, puerta pequeña que comunica con el pasillo de una escalera; en segundo término, un gabinetito donde se ve una mesa de juego.—A la derecha, en segundo término, puerta con colgaduras, que se supone ser una alcoba.—Divanes, butacas, espejos, profusion de flores y de luces.—En primer término, á la derecha, un divan; á la izquierda un veladorcito.

ESCENA PRIMERA.

Fermin, Luis *y algunos otros criados, encendiendo las luces, colocando las flores y concluyendo de arreglar el gabinete.* La Baronesa *entrando.*

Bar. Perfectamente; ya está todo preparado. Ah, Fermin, direis al arquitecto que estoy muy enfadada con él. No me ha tenido acabado para esta noche el gran salon, como me lo habia ofrecido, y me voy á ver comprometida para recibir tanta gente. Jamás se lo perdonaré, ni á él, ni al Sr. de Bierges, que me lo recomendó.

ESCENA II.

Los mismos y Mr. de Bierges.

Luis *(anunciando.)* El Sr. de Bierges.

Bier. Buenas noches, querida Baronesa.

Bar. *(tendiéndole la mano.)* ¡Ah! ¿sois vos, mi querido amigo? Llegais muy á propósito para daros las gracias por vuestro arquitecto.

Bier. ¿Qué delito ha cometido el pobre?

Bar. Que ofreció tenerme concluido el salon para esta noche, y me ha puesto en un compromiso. A no ser por la amabilidad de nuestra querida Princesa Novratzin que me ha cedido este gabinete, no sé cómo me hubiese arreglado.

Bier. ¿Qué os ha cedido? ¿Pues no estais en vuestra casa?

Bar. Positivamente; pero hace ocho dias tenemos de huéspeda á la Princesa. Desde la puerta de ese salon, todas estas habitaciones la pertenecen, porque se las hemos cedido. ¡Otra gracia de vuestro dichoso arquitecto! Se lo recomendé para las obras que tenia que hacer en el magnífico palacio que acaba de comprar, y la promete el pícaro que todo estaria terminado el primero del mes. En tal concepto, la Princesa se pone en camino con todo su tren y servidumbre; llega, y no puede ocupar su casa, porque todo estaba invadido aun de pintores, doradores y papelistas, lo

cual no deja de ser una cosa divertida. A mi esposo le ocurrió entonces que debíamos ofrecerla estas habitaciones, enteramente independientes, y que hasta tienen la ventaja de una puerta falsa, que es esa, *(señalando la de la izquierda)* y una escalera que da á otra calle; así lo hicimos, y ella aceptó con el mayor placer.

Bier. ¿Con que es decir, mi querida Baronesa, que solo por el gusto de reunirme me habeis escrito que viniese temprano y sin mi hijo?

(Zenko sale por la puerta de la izquierda con una caja; saluda respetuosamente, atraviesa el teatro, y entra en la habitacion de la derecha.)

Bar. (¡Ah, silencio!... ese es Zenko!...)

Bier. ¿Y quién es Zenko?

Bar. Un individuo de raza slava, mayordomo ó criado de confianza de la Princesa, y que la acompaña en todos sus viajes. Al fin podremos hablar diez minutos á solas, y espero que lo que tengo que deciros, ha de satisfaceros cumplidamente. Mi marido dice á cada momento que soy muy desmemoriada, y quiero probarle que no tiene razon.

Bier. ¿Y cómo pensais probarlo?

Bar. Escuchad: En primer lugar, recuerdo que hace algun tiempo, viuda, triste y sola, pasaba mi vida de comercianta aburriéndome en contar dinero sobre un mostrador. Hoy dia, la viuda se ha casado con el mejor de los hombres; la comercianta se ha elevado al rango de Baronesa. No tenia mas que dinero, y hoy participo de la gloria de mi marido; un sabio, segun dicen, condecorado por todos los soberanos de Europa, miembro del Instituto y de la Academia..... en fin, mi sueño se ha realizado; y ¿á quién debo todo esto? ¿A quién sino á vos, mi antiguo amigo, que arregló y llevó á cabo mi matrimonio?

Bier. ¿Y qué tiene de particular? Conocí á un hombre de bien, sin defectos, sin vicios y sin tacha, y á una mujer perfecta; las edades no eran desproporcionadas y me propuse unirlos para mayor gloria del género humano. *(Sonriendo.)*

Bar. Y yo no creeré haber satisfecho bastantemente esta deuda de gratitud, hasta que devuelva al hijo la felicidad que disfruto por el padre. He querido veros antes de que volviese mi esposo, porque como es tan distraido, sin querer, nos haria traicion en el plan que medito. Afortunadamente estamos solos, y voy á deciros cuál es.... ¡Ah!... silencio..... ya está aquí... no podia llegar en momento más inoportuno.

ESCENA III.

Los mismos y Chaudray.

Chaud. ¿Dónde estais; querida mia?

(Muy corto de vista y muy distraido; tropieza á cada momento en los muebles; es un tipo original pero no ridículo.)

Bier. *(adelantándose y dándole la mano.)* Buenas noches, Baron.

Chaud. *(aproximándose.)* ¡Ola, amigo mio! ¿Cómo tan temprano?

Bar. ¡No falta mas sino que digais que os incomoda!

Chaud. ¡Qué disparate! ¡Incomodarme él, mi mejor amigo!..... Nunca; he querido decir que es muy exacto.

Bar. ¿Quereis saber por qué ha venido tan temprano? Pues es que tenemos que hablar los dos de un negocio reservado.

Bier. Bien, Baronesa, hablaremos mas tarde, porque, si no me engaño, Chaudray tiene tambien algo que deciros.....

Chaud. Una palabra solamente; *(Movimiento de Bierges para retirarse.)* no, no, quedaos; lo que quiero decirla podeis oirlo tambien: ¿no sois el primero en nuestras más íntimas confianzas?

Bar. ¡Alguna tontuna!

Chaud. *(colocándose entre los dos y con misterio.)* ¡Figuráos!.....

Bar. *(sonriéndose.)* ¿Qué misterio tan terrible nos va á revelar!

Chaud. No es cosa de broma, Baronesa..... En primer lugar *(á de Bierges)*, ¿conoceis á Novratzin, á mi amigo Novratzin?

Bier. ¿El príncipe ruso? ¿El marido de vuestra bella huéspeda?

Chaud. El mismo.

Bier. No le conozco.

Chaud. Pues bien; salia yo hace un momento del Instituto, donde acababa de leer una magnífica Memoria sobre las plantas marinas..... ¡Gran éxito, amigo mio!..... Preocupado y distraido tropecé con un caballero que marchaba en sentido opuesto; alzo la cabeza, y aunque soy muy corto de vista, reconozco al momento á Novratzin, á mi amigo Novratzin, que se alejaba bastante aprisa, sin duda porque tenia que hacer. Corro á él con los brazos abiertos; pero el Príncipe se contenta con saludarme ceremoniosamente, y sigue su camino. Continúo detrás de él estupefacto, y le digo:—«¿Vos en París? ¿Qué, ya no me reconoceis?»—«Perfectamente, Baron, me contesta; pero sois demasiado amigo de la Princesa para que podais serlo mio. Se hospeda, segun he sabido, en vuestra casa, y como su conducta puede obligarme un dia á tomar ciertas medidas, quiero guardar intactos mis derechos, y prefiero la neutralidad.....»— Antes que yo hubiese encontrado una sílaba, una sola frase para contestarle, se metió en su carruaje, y me dejó hecho un papanatas en medio de la calle. ¿Qué os parece la aventura?.....

Bar. ¿De qué conducta, de qué medidas quiere hablar? ¡Sus derechos!... Un hombre que se encuentra siempre á quinientas leguas de su mujer, que no se ocupa de ella, que la tiene abandonada!...

Chaud. Hija mia, es un diplomático, y se ve precisado á viajar contínuamente.

Bar. ¿Y por qué no lleva consigo á su mujer? Eso seria lo regular.

Chaud. Creo que este matrimonio se verificó por órden del Czar, y que despues no congeniaron los esposos: ¿quién sabe cual de los dos tendrá la culpa?

Bar. Muy bien; ¡no faltaba mas que ahora dudárais de la Princesa!...

Bier. *(sonriéndose.)* ¡Pobre Chaudray!

Chaud. No por cierto... yo la aprecio en todo lo que vale, pero no por eso deja de ser un compromiso.....

Bar. ¿Y quién tendrá la culpa? ¿Por qué no le contestásteis como merecia?

Chaud. ¿Yo?

Bar. Es claro; Margarita es la misma virtud. *(A de Bierges)* ¿no es cierto?...

Bier. Lo creo así; pero si alguna duda tuviese, bastábame que vos la defendiérais para creer en ella ciegamente.

Chaud. Sí, pero el Príncipe ha hablado de su conducta.....

Bar. Vuestro Príncipe es un salvaje..... ¡Calumniar así á una mujer que es un tesoro! Buena, hermosa,

de singular talento, honrada, perfecta en todo..... en fin, ¡un ángel, amigo mio, un ángel!

CHAUD. No lo niego; pero entretanto héme malquistado con su marido. Un Príncipe de primera clase, ayudante de campo del Czar; un hombre finísimo, con el que hice en cierta ocasion más de mil leguas por entre la nieve!

BAR. ¡Gran motivo, sin duda, para guardarle tantas consideraciones!.....

CHAUD. ¡Tal vez cuándo, con una sola palabra, con que alguna persona verdaderamente amiga tratase de reconciliar el matrimonio, lo conseguiria á poca costa! Quién sabe si en el fondo no es este el deseo de Novratzin.

BAR. Ese hombre está demasiado mal aconsejado para que sean buenas sus intenciones.

CHAUD. ¿Cómo?

BAR. Hay de por medio en el mundo cierta Condesa rubia, que me crispa los nervios, y que indudablemente tiene la culpa de todo.

CHAUD. ¿La Condesa Gorthiany? ¿La nieta de mi venerable amigo el gobernador de Kieff?... ¿La hermana de mi jóven amigo el mayor conde de Wurgen?.....

BAR. Sí, todo el mundo es amigó vuestro; pues bien, esa hermana y ese hermano inseparables, indescifrables, indudablemente tienen una gran parte de culpa en las desgracias que hoy aquejan á la Princesa.

CHAUD. Mi mujer, mi querido Bierges, tiene declarada guerra á muerte á todos mis amigos, y sin embargo, todos ellos son personas distinguidas y de calidad.

BAR. No es la calidad, sino la cantidad ó el número el que me incomoda. Figuraos, amigo mio, que Chaudray me ha traido en dote lo menos doscientos amigos ilustres, coleccionados por él en Suecia, Rusia, Polonia, Inglaterra, Alemania, y qué sé yo qué más; cada uno de estos grandes nombres, lo ha recogido y conservado en su afeccion, como una planta desconocida, como un insecto precioso. A esas amistades, debe sin duda gran parte de las condecoraciones que algunas veces hace brillar en su pecho; y sin embargo, muchos príncipes y duques no valen lo que un honrado Consejero de Estado, ni todas esas cruces y calvarios lo que la condecoracion roja que brilla sobre el vuestro.

BIER. Mil gracias, Baronesa.

CHAUD. Mi mujer tiene indudablemente mucho talento, pero hasta ahora nada de lo que ha dicho me prueba que la Princesa tenga más razon que su marido; preciso es convenir que nuestra posicion es falsa, y soy de opinion, que ante todo, debemos avisar á la Princesa de lo que ocurre. Tal vez la hagamos un gran servicio.

BAR. ¡Tened cuidado!... Sabeis que á pesar de su íntima amistad para con nosotros, Margarita ha guardado siempre un profundo silencio sobre las causas de esta desavenencia? Además, está en nuestra casa; no vayais á herir su legítima susceptibilidad.

CHAUD. Perded cuidado, la hablaré como pudiera hacerlo un padre.

BAR. Por mi parte, yo no la diria nada.

BIER. Haciéndolo de cierta manera, no veo que haya inconveniente.....

(Al dirigirse Chaudray al cuarto de la Princesa, esta aparece en el dintel de la puerta.)

BAR. ¡Silencio! Héla aquí.

ESCENA IV.

Los mismos y la PRINCESA MARGARITA.

MARG. Confesad, amigos mios, que mi estancia en vuestra casa, al menos hoy, os contraría un poco. ¿Teníais necesidad de pedirme permiso para usar de este salon? *(Viendo á Bierges: saludo recíproco.)*

BAR. ¿Contrariarnos?..... Nada de eso; la satisfaccion que esperimentamos al teneros á nuestro lado, es superior á todo..... *(Presentando á Bierges.)* El señor de Bierges, consejero de Estado y nuestro más íntimo amigo.

MARG. Creo haber tenido el gusto de saludar alguna otra vez á este caballero.....

CHAUD. Sí, aquí mismo, y si no me engaño, acompañado de su hijo Enrique.

BAR. Que hoy dia es ya Auditor del mismo Consejo.

MARG. ¡Ah!...

BAR. Tal vez lo recordeis; es un arrogante mozo, con los cabellos rubios y los ojos negros... y...

MARG. No lo recuerdo...

CHAUD. Os lo presentaré esta noche.

BIER. *(á la Baronesa.)* Está escrito, Baronesa, que no podamos hablar esta noche. *(Saludando para retirarse.)*

MARG. ¿Este caballero se retira tal vez porque yo he venido?

BIER. De ninguna manera, Princesa.

BAR. Es que me ha prometido una carta de recomendacion y...

(Seña de inteligencia entre la Baronesa y Bierges.)

BIER. Sí... y voy á escribirla en el despacho de vuestro esposo.

(Estrecha la mano de la Baronesa y de Chaudray, que lo conduce hasta la puerta; saluda profundamente á la Princesa, y sale.)

ESCENA V.

Los mismos menos BIERGES.

MARG. *(sorprendiendo algunas señas que se cambian entre los esposos.)* Positivamente teneis algo que decirme, y al veros turbados, presumo que se trata de alguna cosa grave.

CHAUD. Espero que no, Princesa.

BAR. Sin embargo, amiga mia, nunca puede seros grato.....

MARG. Verdaderamente, me inquietan tantos preámbulos.

BAR. Margarita tiene razon; decidla de una vez que se trata de su marido.

MARG. Debiera habérmelo presumido.

CHAUD. Veamos, mi querida Princesa: soy vuestro mejor amigo; creo que no lo dudeis... ¿me permitís, en tal concepto, que os hable con franqueza y como pudiera hacerlo un padre ó un hermano?...

MARG. Sin duda alguna... ¿Quién más digno de vos ni con mejor derecho?

CHAUD. Esta separacion en vuestro matrimonio, ¿pensais que debe ser eterna?..... ¿Tanta frialdad, tanto abandono, no pesan sobre vuestro corazon?

MAR. No por cierto.

CHAUD. El tiempo pasa, los resentimientos se olvidan, y vos no debeis permitir que se os acuse.....

MARG. *(sentándose.)* ¿Y quién se atreveria á hacerlo?

CHAUD. Vuestro esposo el primero. Lo conozco perfectamente: *(La Baronesa se sienta.)* en el fondo es escelente, pero el despecho pudiera impulsarle á cometer alguna necedad. Además, todo pecado alcanza misericordia..... y si os asegurase de sus buenas intenciones, del pesar que hoy esperimenta por esta separacion, de sus.....

MARG. (*acabando la frase.*) ¿Remordimientos?

CHAUD. ¡Princesa, es muy dura esa palabra!

MARG. Veremos si la juzgais así despues de haberme escuchado. Cuando nuestro Emperador, de quien soy ahijada, me mandó unir, á los diez y nueve años, con el Príncipe de Novratzin, que entonces tenia cuarenta, no ofreció tal vez á mi marido una heredera tan rica como él, pero le dió en cambio una señorita bella, segun unos; segun otros, digna y bien educada; para todo el mundo noble é irreprochable..... Joyas son estas que no se cuentan generalmente en una dote. No habia aun alzado los ojos sobre aquel cuya mano colocaron en la mia, cuando ya me habia jurado á mí misma amar á ese hombre, desconocido para mí, y respetarle toda mi vida. Dios me es testigo si he sabido cumplir mi palabra..... Al cabo de un mes de nuestra boda, el Príncipe huyó una noche de nuestra casa, dejándome en ella sola y abandonada para siempre!... ¿Qué habia yo hecho para merecer tan vergonzoso castigo?.... Le escribí para que volviera..... Llena de afliccion, le rogué, le supliqué..... todo en vano. El Príncipe no se dignó contestarme jamás; pero en su nombre hubo otra persona encargada de decirme, que el Emperador, su señor y dueño, podia haberle obligado á unirse á mí, pero que no le habia prohibido que me odiase.

CHAUD. ¡Oh!..... ¿y quién pudo tener semejante crueldad?

MARG. Una mujer.... una amiga mia y de mi marido...

BAR. (*á su marido.*) Y vuestra sin duda: ¡si os lo tengo dicho!.....

CHAUD. ¿La condesa Gorthiany?....

MARG. No hablemos más que del Príncipe..... el resto no existe para mí. Las relaciones que puedan mediar entre ella y mi marido, mi propio decoro me prescribe olvidarlas. Hace seis años he debido aceptar la vida á que se me condenaba. Abandonada y sola, mis labios no han exhalado una queja; con una sola palabra, una sola lágrima, en presencia del Emperador, hubiese perdido irremisiblemente á mi marido, y sin embargo, he devorado en silencio toda la amargura de mis penas. Poco á poco el dolor ha ido extinguiéndose, pero el recuerdo de la ofensa no. Ese hombre, elegido por Dios para hacerme respetar en el mundo, me habia tan inhumanamente colocado en una posicion tan falsa, que para no perder nada en la estimacion pública, he debido ejercitar la virtud hasta un grado de hipocresía que me repugna; no he podido estrechar una mano sin temblar; no me he atrevido á mirar á nadie cara á cara; no he permitido ni al más casto pensamiento penetrar hasta mi corazon..... ¡Un corazon como el mio, Baronesa!..... ¡Ah!.... el que lo ha destrozado, ha cometido un verdadero crímen; y no es seguramente con buenos deseos con lo que se rescatan ni se reparan los crímenes; algunas veces ni aun el remordimiento es bastante!....

BAR. (*á Chaudray.*) ¿Lo estais viendo?

CHAUD. ¡Princesa, verdaderamente me teneis confundido! Si hubiéseis tenido confianza conmigo..... si hubiéseis sido franca.....

MARG. ¿Cómo?

CHAUD. Si yo hubiese sabido, como ahora, las justísimas razones que teneis para odiar á ciertas personas y evitar su contacto, no os hubiese espuesto á encontrarlas en mi propia casa..... Esta misma noche tal vez.....

BAR. La culpa la tengo yo..... mi antipatía hácia esas mismas personas me debió advertir anticipadamente; desde hoy pase por vuestros doscientos amigos (*á Chaudray*); pero mis salones se hallarán cerrados en lo sucesivo para la Condesa Gorthiany y su dichoso hermanito.....

MARG. ¡No, amiga mia, os lo suplico!.... No me creais tan niña ni tan débil..... ¿por qué escluir á nadie de vuestras encantadoras reuniones?....

BAR. ¿Y no temeis la aproximacion de vuestros enemigos?

MARG. No por cierto. Mi sola presencia les hace sufrir..... mi serenidad es su mayor martirio, y yo encuentro un placer en que ante mi mirada tranquila, se vean siempre obligados á bajar los ojos..... Esta es la noble venganza de las personas honradas.

CHAUD. Es verdad.

MARG. La condesa Gorthiany supone que estaba destinada antes que yo al príncipe Novratzin, y que en su consecuencia la he robado su marido.

BAR. Decid mas bien que ella os ha robado el vuestro.

MARG. ¿Con lo cual deberíamos estar pagadas, no es cierto?.... Pero no, aun no estoy separada legítimamente del Príncipe, y á lo que aspiran hoy, es á mi divorcio. Solo se ofrece una pequeña dificultad, y es probar que soy indigna del nombre que llevo, lo cual no es fácil. Tal vez habrán pensado tambien en mi muerte; pero por desgracia suya, no solamente vivo, sino que estoy decidida á hacerlos esperar por largo tiempo mi triste herencia. La Condesa se ve reducida á odiarme, y me odia efectivamente con todo su corazon; tanto mejor, así me encuentra siempre en guardia y prevenida.

CHAUD. ¿Y su hermano?

MARG. En cuanto á ese es diferente; representa un papel opuesto..... trata de hacerme creer que me adora, lo cual no impide que sea al mismo tiempo el más humilde esclavo, el íntimo confidente de mi rival. Os lo repito, esas gentes no pueden nada contra mí..... No debo cuenta de mis acciones mas que á Dios y al Emperador: ambos me conocen, y estoy tranquila. Mi seguridad depende de mi honor, y mi honor depende de mí.

CHAUD. Os debia, Princesa, una franca esplicacion, y ahora me debo á mí mismo probar al Príncipe, que sus amenazas, ni me imponen, ni pueden imponerme jamás.

MARG. (*sonriendo.*) ¿Con que segun eso amenaza?

CHAUD. Es decir.....

BAR. Es decir, querida Margarita, que mi marido hace un rato se ha encontrado en la calle con el vuestro.

MARG. (*sorprendida.*) ¿En Paris? ¿Él en Paris?

BAR. Sí, en Paris; se ha mostrado grave y resentido con Chaudray, y como mi marido es naturalmente bueno é inofensivo, ha venido á contármelo sorprendido y asustado.....

MARG. ¡Oh, amigos mios! ¡Cuán culpable he sido en mi egoismo! Por la satisfaccion que me causaba vivir algun tiempo á vuestro lado, olvidé que el Príncipe era antes que yo amigo vuestro. Se halla en Paris; sabe que hábito en vuestra casa, y comprendo el compromiso que mi presencia os produce. Perdon os pido..... Verdaderamente soy una mujer á la que es preciso amar de lejos.....

BAR. ¡Oh!..... ¡no digais eso, mi querida Princesa!..... Por supuesto que de todo tiene mi marido la culpa... no debia haberos dicho nada.

CHAUD. No me arrepiento de haber hablado, porque así estará prevenida; era un deber que he cumplido ya, y como soy libre en mis preferencias, mi eleccion no puede ser dudosa.

Bar. Creo inútil repetiros, que estais en vuestra casa, y os garantizo que en ella nadie será más libre ni más amada que vos.

Chaud. Sin la menor duda, Princesa; ¡Pues no faltaba mas!

Marg. Mis queridos amigos, no sabeis el consuelo que esperimento al escuchar tan cariñosas palabras!.... ¡Quién sabe el tiempo que podré permanecer á vuestro lado!.... Tal vez la guerra que nos amenaza me obligue á desterrarme de estos sitios antes de lo que yo quisiera..... ¿Creeis, Baron, que se romperán las hostilidades entre ambas naciones?....

Chaud. Por mi parte lo dudo mucho.

(*La doncella de la Princesa sale de la habitacion de la derecha y entrega á esta los guantes y el abanico.*)

Bar. Veo ya mucha gente en los salones..... y ese pobre de Bierges conozco que se impacienta..... ¡Miradle allí!

(*Todo esto lo dice á Chaudray; Bierges aparece en el dintel de la puerta izquierda; un criado anuncia dentro varios nombres de los que van entrando en los salones.*)

Chaud. ¿Quereis aceptar mi brazo, Princesa? Daremos una vuelta por los salones.

Marg. (*tomando el brazo*). Con mucho gusto. Adios, mi querida amiga (*dándola un beso*), hasta luego. (*Al retirarse hace una cortesía á Bierges que entra en la escena.*)

ESCENA VI.

Los mismos, en el fondo, paseando por los salones. La Baronesa, Bierges.

Bar. Al fin nos dejan solos; podemos aprovechar algunos minutos para preparar nuestro complot.

Bier. (*sentándose.*) ¿Con que, segun parece, conspiramos?

Bar. En favor de Enrique..... ¿Estais seguro que vendrá?

Bier. Le espero á las diez.....

Bar. ¿Cuánto pensais darle cuando se case?

Bier. Aun no lo he pensado.....

Bar. La mujer que le tengo preparada posee, al presente, ocho millones.

Bier. (*sonriendo.*) ¡Bonita dote!....

Bar. Sin contar que á la muerte de su anciana madre, debe heredar otro tanto.

Bier. Vos me creeis más rico de lo que soy en realidad, mi querida Baronesa; mis sencillos gustos, mi régimen económico y la buena conducta de mi hijo, me permiten aparecer millonario, con escasas treinta mil libras de renta que poseo. Comprendereis, pues, que esta gota de agua no se ha hecho para mezclarse al occéano de oro de vuestra navab.

Bar. No hablemos más de dinero; la persona en cuestion es desinteresada; mujer juiciosa y razonable.....

Bier. (*vivamente.*) Vamos, ¡cuarenta años!.... no es este un defecto, Baronesa.....

Bar. Sí, juiciosa y reflexiva como puede serlo una muchacha á los diez y nueve años.

Bier. ¡Ah!....

Bar. Diez y nueve años apenas; solamente que tiene algunos defectos que quiero conozcais.

Bier. Veamos.

Bar. En primer lugar es bellísima.

Bier. Adelante.

Bar. De un talento tan precoz, que no puede comprenderse en una niña de tan corta edad; afable, buena, cariñosa.....

Bier. ¡Entonces es una joya!....

Bar. La cual no estará mal colocada, segun infiero, entre las de vuestra familia; si tengo un empeño tan decidido en unir á vuestro hijo con criatura tan perfecta, llevo por objeto, que me bendiga todos los dias de su vida, como yo bendigo al padre hace muchos años.....

Bier. Mil gracias, Baronesa; pero un ángel y ocho millones son demasiado para un hombre solo. (*sonriendo*).

Bar. Los millones ya se encargará la niña de hacer buen uso de ellos; su belleza, sus virtudes y su talento serán para Enrique. ¿Efectivamente su corazon está libre?

Bier. Como el pájaro que cruza por el aire; hasta el dia no ha ocultado á su padre ni el más mínimo de sus pensamientos.

Bar. Ahora es preciso que agrade completamente á nuestra niña..... no os sonriais, padre orgulloso..... ¡tenemos que habérnoslas con una mujer difícil!

Bier. ¡Si jamás criatura humana ha podido acercarse á la perfeccion, ese es mi hijo!....

Bar. Tenemos adelantado mucho. Mi protegida le ha visto ya, y su presencia y sus distinguidas maneras la han cautivado; así me lo confesó; y ahora quiere tratarle y ver si los elogios que de él se la hicieron han sido exagerados.

Bier. Creo que quedará satisfecha.

Bar. En cuanto á Enrique, ¿me prometeis no decirle una palabra de nuestros proyectos hasta que yo os autorice? Nada de sorpresas, franco juego á la muchacha. Vuestro hijo tiene bastante mérito por sí mismo..... y además os prometo que le haré brillar.

Bier. (*dándola la mano.*) ¡Escelente amiga!.....

Fer. (*anunciando.*) ¡La Sra. Almiranta Dampmesnil, y la señorita Magdalena Dampmesnil!

Bar. Ya está aquí..... (*haciendo pasar á Bierges á la sala de juego.*) Pronto, pasad á esta sala, y sentaos en una de las mesas de juego, pero á la vista.....

Bier. ¡Pero Baronesa!.....

Bar. Estamos convenidos; ¡no olvideis que me habeis prometido no decir nada á vuestro hijo!

Bier. Obedezco.

(*Besa la mano de la Baronesa y entra en la sala de juego, colocándose en una mesa, de manera que sea visto de los actores y del público.*)

ESCENA VII.

La Baronesa, Magdalena.

Bar. Buenas noches (*adelantándose á recibirla*), mi querida niña; ¿dónde está vuestra madre?

Mag. La he dejado en esa otra sala con vuestro esposo, y me escapé un momento para saludaros.

Bar. Pero, hija mia, os encuentro conmovida; ¡estais temblando!... ¡Vamos, calma!... Aun no ha llegado; mirad, aquel anciano de los cabellos blancos, es el padre.

Mag. (*sonriéndose.*) ¡Me parece bien!....

Bar. Mejor os parecerá cuando llegueis á tratarle; es un cumplido caballero.

Mag. ¡Qué mala opinion habreis formado de mí, Señora! ¿Pero á quién mejor que á vos podria haberme confiado?... ¡A vos que tanto os interesais por mí!...

Bar. ¿Mal concepto, porque juiciosamente tratais de estableceros de una manera honrosa? Es el derecho

natural de toda niña tan bella y tan juiciosa como vos.....

MAG. Desgraciadamente, á los diez y nueve años, puede decirse que no soy ya una niña, sino el jefe de una familia que no tiene por guia y apoyo más que á mí. Mi pobre madre, cuya inteligencia declina de dia en dia, ha llegado á descender á la condicion de un niño; mi hermano no comprende aun la responsabilidad que impone un nombre como el de nuestro padre; es, en fin, un peso superior á mis fuerzas y á mis años, la situacion en que me hallo colocada. Preciso ha sido reflexionar mucho sobre todas estas consideraciones, para..... decidirme á pensar en la eleccion de un esposo..... que participe al par mio de mis alegrías y de mis amarguras. De lo contrario, jamás me hubiese decidido á confiaros mis pensamientos.....

BAR. Y yo, á mi vez, os repito lo que varias veces os he dicho; respondo de las buenas cualidades que adornan á ese jóven.....

MAG. El padre me gusta mucho, y creo que podré amarle. (*Observándole.*)

BAR. Dentro de un momento el hijo estará aquí; procuraré que se aproxime á vos; observadle bien, y comprendereis que mis elogios no son exagerados.

FER. (*anunciando.*) ¡El Sr. Mayor Conde de Wurgen! ¡La Sra. Condesa Gorthiany!

BAR. ¡Oh! ¡cuánto me incomoda esta gente!.... (*á Magdalena.*) ¡No me abandoneis ahora!.... ¡Vamos á saludar á vuestra madre!....

(*Saludos ceremoniosos que se cruzan entre la Condesa, la Baronesa y el Mayor.*)

MAY. (*inclinándose.*) ¡Baronesa!

CON. (*adelantándose á besarla.*) ¡Amiga mia!....

BAR. ¡Condesa!.... ¡Sr. Conde!.... escuso deciros que estais en vuestra casa, y si me dais licencia, voy á saludar un momento á la Almiranta Dampmesnil.....

(*Vuelven á repetirse los mismos saludos y cortesías. La Baronesa y Magdalena salen por el fondo.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, WURGEN.

WUR. Chaudray nos ha recibido friamente, pero la acogida de su mujer ha sido glacial.

CON. ¿Y qué nos importa?.... ¿Venimos por ventura á estos salones á observar sus fisonomías?....

WUR. Tened en cuenta, hermana mia, que es muy grave y audaz vuestro proyecto; reflexionad que jugais una partida peligrosa.

CON. ¡Y qué me importa, si la gano al fin!

WUR. Sí; pero podeis perderla, y el medio de que pensais valeros, no solo es terrible, sino odioso.

CON. Lo que me es odioso, lo que no podré tolerar nunca, es que una mujer se llame Princesa de Novratzin, y que esta mujer no sea yo.

WUR. Podriais elegir otro medio menos espuesto. Es una temeridad. Reflexionad que estamos en Francia, y no en nuestros desiertos. Dejadme que yo procure una última tentativa, y puede ser que la conduzca á vuestro objeto sin usar de tanta crueldad.

CON. (*con ironía.*) Por lo visto, prefeririais perderla vos mismo; ¿no es cierto?

WUR. Silencio; aquí está.

(*La Condesa se sienta al lado izquierdo; Wurgen á su lado de pié: Margarita aparece en la escena acompañada de Chaudray, que la deja en el dintel de la puerta, volviendo á entrar en el salon. Margarita se dirige al divan de la derecha; Wurgen la detiene.*)

ESCENA IX.

Los mismos y MARGARITA, *que pasa por delante de la Condesa sin mirarla.*

WUR. (*saludando.*) ¡Princesa!.... (*Margarita se detiene y le mira fijamente.*) Deseo ardientemente dejeis de dudar de mi sincero cariño hácia vos..... y si os dignáseis escucharme, os daria pruebas.....

MAR. Creo, Sr. Conde, haberos suplicado más de una vez que os dispensáseis de dirigirme la palabra.....

WUR. Sois muy cruel conmigo, señora; vuelvo á repetiros que puedo prestaros un gran servicio.

MAR. Efectivamente, librándome de vuestra presencia. (*Le vuelve la espalda, y se dirige á un espejo, donde arregla por un momento su tocado.*)

WUR. (¡Ella lo ha querido!).....

CON. (*que ha estado observando, se levanta.*) ¿Y bien?

WUR. Es un orgullo desmedido.....

CON. ¡No estará tan orgullosa mañana!.... ¡Se lo prometo!

WUR. ¿Está avisado el Príncipe?

CON. Sí.

WUR. Pero tal vez ese jóven no venga esta noche.

FER. (*anunciando.*) ¡El Sr. Enrique de Bierges!

(*Margarita, que se disponia á pasar al segundo salon, se detiene de pronto al oir este nombre, y desciende lentamente hácia un grupo de la derecha; poco despues viene á sentarse en el divan, acompañada de alguna otra señora y algun caballero. Al propio tiempo Chaudray, que sale del salon de juego, se encuentra en el dintel de la puerta cuando anuncian á Enrique. La Baronesa vuelve tambien acompañada de Magdalena, y se colocan en primer término á la izquierda. La Condesa y el mayor Wurgen pasan al segundo término detrás de estas y aparentando indiferencia. La Condesa arregla su tocado en el espejo de la izquierda, en tanto que Wurgen hojea un album. Todo este juego debe hacerse comprender á los actores, y para que no sea violento, es necesaria la buena inteligencia del director de escena.*)

CON. (*á Wurgen.*) ¡Ah!.... ¡ya le tenemos en campaña!

WUR. (*á la Condesa.*) ¡Se ha estremecido!....

BAR. (*conduciendo á Magdalena*). Ya está aquí..... Colocaos á mi lado para que podais observar; naturalmente ha de venir en seguida á saludarme.

MAR. (*Ap. á la Baronesa.*) Me sentaré en este lado, junto al velador.

(*Se sienta á la izquierda de la Baronesa, en el mismo que antes ocupó la Condesa; esta y Wurgen entran en el segundo salon algunos momentos despues.*)

MAR. (*á las tres ó cuatro personas que la rodean.*) Dentro de ocho dias, amigos mios, me hallaré instalada en mi propia casa, y dentro de quince podré ofreceros mi primer baile.

ESCENA X.

Los mismos y ENRIQUE *que entra con* CHAUDRAY.

ENR. Sí, amigos mios, es una gran noticia que hará latir de entusiasmo todos los corazones franceses. No creia ciertamente ser yo el primero en comunicároslo.....

BAR. (*á Magdalena.*) Si volveis la espalda no podreis verla.....

Mag. (*á la Baronesa.*) Sí, Baronesa, le veo perfectamente en el espejo de mi abanico..... ¡Si viérais cómo late mi corazon!....

Enr. (*adelantándose á saludar á la Baronesa.*) ¡Baronesa!.... (*Saludando á las demás señoras.*) ¡Señoras!....

Bar. Buenas noches, Enrique; ¡habeis tardado mucho!....

Enr. Porque he preferido venir á pié desde el Ministerio..... ¡Hace una noche deliciosa!.... ¡Vuestros salones están hoy brillantísimos!....

Bar. ¿No es cierto?.... ¿Sobre todo habreis observado que hay muy lindas muchachas?

Bier. (*de lejos, desde el salon de juego.*) Se empeña la accion.

Chaud. (*á uno de los convidados.*) El general no quiere creerlo..... Preguntádselo á Enrique.

Enr. (*á uno de los convidados que figura ser un general.*) Sí, mi general, la noticia es positiva. Me hallaba en casa del ministro cuando se ha comunicado á los jefes de servicio y á los representantes de las demás naciones. He visto las pruebas del *Monitor*, y todo Paris lo leerá mañana á primera hora.

Bar. ¿El qué?

Enr. La declaracion de guerra, Baronesa.

Bar. ¡La guerra!....

Mar. (*levantándose.*) ¡La guerra!....

Chaud. (*adelantándose hácia la Princesa.*) ¡Pobre amiga! Confieso que me equivoqué hace un momento en mis predicciones.

Mar. ¡Tal vez sea una noticia vaga, sin fundamento!...

Enr. Desgraciadamente, señora, es exacta y oficial.....

Con. (*que ha entrado nuevamente en la escena adelantándose y dirigiéndose á la Baronesa.*) En tal caso, debemos mi hermano y yo retirarnos, Señora; nos hallamos en país enemigo, y no tenemos derecho alguno á permanecer en él.

Bar. Enemigos, sin embargo, tan francos y leales, Condesa, que más que enemigos pueden juzgarse siempre amigos cariñosos.

Chaud. (*al lado de la Princesa.*) ¡Princesa, conozco lo que estais sufriendo!....

Mar. ¡Y cómo no sufrir, comprendiendo que habré de abandonar el país de mi predileccion; este paraiso de mis sueños, este sol que rejuvenece y vivifica! ¡Ah! yo tenia dos patrias, y al presente, lo conozco, imposible me seria decir cuál de las dos es más necesaria á mi existencia. (*Enrique la mira con éxtasis.*)

Mag. Decidme, Baronesa, ¿y la escuadra partirá tambien?....

Bar. ¿Me preguntais eso por vuestro hermano?....

Mag. Como sirve en la marina de guerra..... Desearia saber.....

Bar. Ahora lo sabremos..... Enrique, nos teneis olvidadas..... Dadnos algunos detalles..... pareceis distraido..... ¿en qué pensais?

Enr. Escuchaba, Señora, y miraba.....

Bar. ¿A quién?....

Enr. A la Princesa de Novratzin; su dolor es elocuente; ¡qué alma tan hermosa!.... (*Mirándola siempre.*)

Bar. Sí, ciertamente... (*La Princesa sale del salon.*)

Enr. El timbre de su voz resuena aun en mi corazon.

Bier. (*dejando la mesa de juego.*) Vamos á ver brillar á mi hijo.

Enr. ¡Mucho celebraria que fuese francesa!....

Bar. (*como contrariada.*) (Cambiemos pronto de conversacion, porque sino, sabe Dios á dónde irá á parar con sus intempestivos elogios!....) ¿Y qué se dice de nuestro ejército?....

Enr. Que su entusiasmo es inconcebible.....

Chaud. (*saliendo del saloncito de juego.*) ¿A que hablais de la Princesa? Apostaria cualquier cosa.... ¡Mujer adorable!....

(*La Baronesa le da un pisoton al pasar; Chaudray se vuelve sin comprender la seña y la besa la mano cariñosamente.*)

Enr. La primera vez que tuve el gusto de verla, fué en la embajada rusa..... Acababa de llegar á Paris..... Fué tal, señores, la impresion que su vista me causó, que no pude menos de esclamar: «Es la más hermosa mujer que he conocido en mi vida.»

Bar. (Este chico está loco).

Bier. (*en el fondo.*) Me gusta cómo prepara el terreno; la pobre niña estará divertida.

Chaud. Vamos, será necesario que os presente; venid conmigo.....

Enr. No, no, de ningun modo; ¡dispensadme!....

Bar. (*con alegría.*) ¡Ah!

Chaud. ¿Y por qué no?

Enr. Os seré franco. Desde que se halla en Paris la he encontrado varias veces en el paseo, en el teatro, en los bailes; pues bien, jamás he querido dirigirla una palabra, ni aun me atreví á cruzar con ella una mirada; ¿y sabeis por qué? Porque es á la única mujer en el mundo á quien sin saber por qué he tenido miedo..... Cuando mis ojos la perciben, aunque sea de lejos, mi corazon tiembla y se estremece; creo que llegaria á enamorarme como un loco de esa mujer.

Bier. (¡Se colmó la medida!)

(*La Baronesa y Magdalena se levantan y se dirigen hácia el salon.*)

Bar. (Todo se ha perdido). (*A Bierges, padre.*) Vuestro hijo es un insensato..... (*A Enrique al pasar*). ¿Sabeis, caballerito, que la Princesa es casada?....

Enr. (*sonriendo.*) Sí, Baronesa; pero estamos en guerra con la Rusia, y además, con un marido como el suyo..... (*Viene á sentarse cerca de la Condesa, sin verla.*)

Chaud. (*bajo á Enrique.*) Cuidado lo que hablais respecto al Príncipe; á vuestro lado teneis á su más íntima amiga.

Enr. (*levantándose.*) Sí, sí, la reconozco..... (*Se dirige á la izquierda.*) Esta belleza rubia me produce un efecto enteramente opuesto..... (*Se sienta nuevamente; esta vez próximo á donde se halla Wurgen hojeando un album.*)

Chaud. (*bajo.*) Os advierto que ese caballero es su hermano.

Enr. (*levantándose.*) ¡Oh!.... ¡Verdaderamente esta noche estoy desgraciadísimo!

(*Enrique y Wurgen cambian una mirada; Wurgen se dirige á la Condesa, que se levanta, toma el brazo de su hermano, y despues de hacer un saludo, se alejan lentamente.*)

Bier. (¡No lo sabe bien!...)

Enr. (*á Chaudray.*) Ahí teneis una fisonomía, amigo Chaudray, sobre la que es imposible leer ni descifrar una palabra..... (*Viendo á su padre.*) ¡Ah! ¡mi querido padre!.... Que sea enhorabuena; al fin te veo....

Bier. (*con enfado.*) ¡Buenas noches!....

Enr. ¿Qué quiere decir esto?.... ¿Estás enfadado?.... ¡Vamos, ya sé lo que es!.... Cuando menos habrás perdido treinta francos.... (*sonriéndose.*) ¡Está visto que eres un calavera!....

Bier. Por lo menos habré economizado palabras; mu-

cho más daria por poder recojer todas las que aquí se han dicho esta noche.

Enr. ¿Qué quieres decir?....

Bier. Quiero decir, que conozco á un jóven muy espiritual, muy entusiasta, que dicen las gentes que tiene mucho talento, y que sin embargo no ha pronunciado esta noche una sola palabra que no le haya costado lo menos diez mil francos. ¡El tal jóven posee una verbosidad innagotable!

Enr. Si es de mí y á mis palabras á las que te refieres, por tu cuenta habré perdido lo menos cuatro millones.

Bier. ¡Ocho!.. amigo mio, ¡ocho!.... En fin, ¡cómo ha de ser! Retirémonos si te parece; para mí ya es hora...

Enr. ¿Cómo es eso? ¿Quieres que me retire cuando apenas hace un momento que estoy aquí?.... Tú estarás aburrido, lo comprendo, pero yo no; y si me permites, continuaré otro rato.....

Bier. ¿Por qué no?.... Sin duda no has mirado bien á tu Princesa, ó quieres recitar algun madrigal á sus perfecciones!.... ¡A tu gusto, hijo mio, á tu gusto... Al fin y al cabo estás en tu derecho, que compraste por ocho millones; verdaderamente no es caro.

(*Vase por el salon del fondo; al salir se encuentra con la Princesa y la Baronesa, á quienes saluda y de quienes se despide.*)

Enr. ¿Estoy soñando?.... ¡Cómo ha cambiado mi padre en un momento!.... ¿En qué puedo yo haberle faltado?.... ¿Qué habrá querido decirme?.... Mas tarde me lo dirá; entre tanto esperemos. (*Se dirige á la sala de juego, donde se pone á hablar con Chaudray.*)

Bar. (*á la Princesa.*) Sufrís mucho, ¿no es verdad? Lo estoy conociendo.....

Mar. ¿Por qué negarlo, mi buena, mi cariñosa amiga? Sufro, sí, y de una manera que vos no podeis comprender. ¡No sabreis jamás todas las esperanzas, todas las alegrías que yo acariciaba en mi corazon! Aquí era dichosa; aquí veia y tocaba todo lo que admiro, todo lo que amo. ¡Ay!.... no es Paris lo que me parece que voy á abandonar, cuando me vea obligada á partir; ¡es la vida!.... ¡Cuán desgraciada soy!

Bar. Os veo muy afectada, hija mia; ¡tranquilizaos!

Mar. ¿Es superstición ó presentimiento?.... No lo sé; pero no es solo esa guerra la que me impone y me aflige..... todo tiene hoy á mis ojos un tinte sombrío..... ¡El corazon me anuncia una desgracia!.... ¿cuál? no podré decíroslo, pero es indudable.

Bar. ¡Eso es un disparate!.... Lo que debeis hacer, es retiraros á vuestro cuarto y procurar descansar.

Mar. ¡Cuán buena sois! No me atrevia á suplicaros me dieseis vuestro permiso.

Wur. (*bajo á la Condesa, que aparecieron en el fondo observando á Margarita y á la Baronesa.*) ¡La Princesa va á retirarse!

Con. ¡Perfectamente!....

Enr. (*á Chaudray. Ambos están en la puerta de la sala de juego observando á Wurgen y á la Condesa.*) ¿No habeis observado como ese jóven ruso mira á todo el mundo?.... Ese hombre medita algun crímen, porque el brillo de su mirada es siniestro.

Chaud. ¿Quién?.... ¿Mi amigo el conde de Wurgen? ¡Qué disparate!.... Es un muchacho bellísimo..... ¿Y á quién decís que mira?....

Enr. Particularmente á vos, á mí y á la Princesa.

Chaud. Aprension vuestra.

(*La Princesa entra en su cuarto; la Baronesa la acompaña, y vuelve á salir á los pocos instantes.*)

Enr. Tal vez; pero no sé por qué no me gusta ese hombre..... Por lo que veo se ha retirado ya mucha gente.

Chaud. La noticia de esta guerra es sin duda la causa..... Nuestro baile esta noche era tambien un poco ruso, y nada tiene de estraño..... Además, ya lo veis, nuestra princesa ha dado el ejemplo.

Enr. Que yo voy á seguir tambien..... mi padre partió ya, y no quiero que me espere mucho tiempo. (*Magdalena entra y escucha.*)

Chaud. Voy á acompañaros hasta la puerta.

Enr. Como gusteis..... Despedidme de la Baronesa, y ponedme á sus piés.....

(*Se alejan por la puerta del fondo. La Condesa y Wurgen habrán estado observando.*)

Con. (*á Wurgen.*) ¡Seguidlo!....

(*Wurgen sale tambien; la Condesa permanece aun un momento, y vase por el mismo sitio.*)

Mag. (*á la Baronesa que sale del cuarto de Margarita.*) Adios, querida amiga; tambien nosotras nos retiramos; temo que la pobre mamá se quede dormida.

Bar. Adios, hija mia; hasta mañana. Lo único que os suplico es, que no os enojeis....

Mag. ¿Por qué habria de enojarme?

Bar. ¡Pobre chico, qué desgraciado estuvo!.... En fin, quisisteis verle franco, y creo que habreis quedado satisfecha!..... ¡Jesus, yo he sufrido con sus majaderías de una manera horrible!....

Mag. ¿Por lo que ha dicho de la Princesa Novratzin?... Tenia razon; es una mujer hermosa.

Bar. ¿Qué decís?

Mag. Irreprochable, segun creo.

Bar. Sí; ¡pero el entusiasmo con que la ensalzó en nuestra presencia!....

Mag. Es para mí una razon para estar más tranquila. Aunque poco al corriente de ciertas cosas, creo que una pasion es un secreto sagrado que se guarda en el fondo del alma, y que no se exhala por cumplimiento en medio de un salon ni en presencia de tanta gente. Partiendo de este principio, todo cuanto ha dicho aquí Enrique de Bierges respecto á la Princesa, me ha parecido sincero, natural é inofensivo.

Bar. (*con alegría.*) ¡Ah!.... ¡bien, muy bien!....

Mag. Admirar á una mujer no es amarla, y él no ha dicho que la amase aun.....

Bar. No, seguramente; solo ha dicho que era la mujer que en el mundo le habia llamado más la atencion.

Mag. Yo no pretendo tampoco ser más bella; además, ¿por qué habria de ofenderme?.... Apenas me ha visto ni me ha tratado; cuando llegue esto á suceder, tal vez cambie de opinion.

Bar. ¿Con qué por lo visto, Enrique no os ha disgustado?....

Mag. No por cierto, y su padre me agrada mucho.

Bar. Verdaderamente que cualquiera diria que existe cierta simpatía de vuestra parte.....

Mag. Tal vez..... me habeis asegurado que ningun hombre en el mundo es ni más leal ni más caballero... es libre; pues bien, tanto cuanto yo pueda, guardaré esa débil luz en el fondo de mi horizonte. No me ha visto jamás, ó apenas ha reparado en mí; aguardaré una ocasion oportuna para que me vea y me trate, y despues Dios decidirá; pero hasta entonces, permitidme que os hable algunas veces de él, así como espero que vos no le hablareis nunca de mí.

Bar. ¡Ah!.... ¡mi querida niña!.... ¡Vos no sois un alma vulgar, y mereceis ser dichosa!....

Mag. ¿Y quién os ha dicho que no lo seré?.... Así lo creo tambien, aunque os parezca demasiado orgullosa .. En el entretanto..... espero. ¡Adios, Baronesa! (*Da un beso á la Baronesa, y vase por el fondo.*)

Bar. ¡Hé aquí una niña de diez y nueve años que me ha enseñado cosas, que á mí no se me hubieran ocurrido siquiera!

(*Durante esta escena los salones han quedado sin gente.*)

Chaud. (*entrando.*) Querida mia, ya estamos solos y aun no es la una.....

Bar. Mejor..... Retirémonos tambien á nuestras habitaciones, porque la Princesa necesita descansar.

Chaud. ¡Pobre señora!.... He conocido que sufria mucho.

Bar. Es natural. La sola idea de tener que volver á Petersburgo y no poder huir la presencia de un marido como vuestro amigo el Sr. de Novratzin, es capaz de trastornar á cualquier mujer que tenga corazon y dignidad..... Fermin, cerrad el salon; sobre todo no metais ruido..... Vamos.....

(*Salen por la puerta del foro; Fermin baja un poco la luz de las lámparas, arregla algunos muebles y se retira cerrando la puerta.*)

ESCENA X.

Margarita *en su habitacion,* **Zika.**

(*Zika sale de la habitacion de su señora, trae el vestido de baile que coloca sobre el divan, y sobre una mesa los adornos de cabeza.*)

Mar. (*desde su cuarto.*) Zika, ¿está todo bien cerrado?

Zika. (*colocando el vestido.*) Sí, señora.

Mar. Puedes retirarte.

(*Zika cierra la puerta de la habitacion de su señora; vase por la del foro, que cierra tambien por fuera. Antes de marchar gradúa la lámpara bajando mucho la luz, pero sin apagarla enteramente. La puerta de la escalera se abre y se ve un hombre en el dintel.*)

ESCENA XI.

Enrique *hablando con uno que se supone fuera.*

Enr. ¿Decís que es aquí, caballero?.... Muy bien..... (*Entra.*) Estoy impaciente por saber qué me puede querer á estas horas el procurador imperial..... (*Al hombre que ha desaparecido.*) Caballero, ¿debo esperar aquí?.... Caballe..... ¡pues ha cerrado la puerta!.... Sin duda habrá ido á anunciarme. ¡Hacerme venir á estas horas!.... Preciso que el negocio sea urgente..... ¡Qué oscura está esta habitacion!.... ¿Será el despacho del magistrado?.... Ola, percibo el aróma de las flores. Buen agüero; un magistrado á quien gustan las flores, debe ser muy amable... No creo que se enfade porque dé un poco más de claridad; allí veo una lámpara... (*En el momento que se dirige á la lámpara, tropieza con una silla que deja caer.*) ¡Torpe!...

Mar. (*desde su cuarto.*) ¡Zika!...

Enr. (*sorprendido.*) ¡Hé!...

Mar. (*dentro.*) Zika, ¿sois vos?

Enr. ¡Esta voz!

ESCENA XII.

Enrique, Margarita *vestida con una bata de noche.*

Mar. (*entrando con una bugia en la mano.*) ¿Por qué no respondeis?

Enr. (*retrocediendo.*) ¡La Princesa!...

Mar. (*retrocediendo asustada.*) ¡Él!... (*coloca la bugia sobre la mesa.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, el **Principe Novratzin**, *apareciendo en la puerta de la escalera.*

Mar. ¡Mi marido!...

Nov. ¡Os doy mi enhorabuena, señora!

Enr. ¡El Príncipe!... ¿Qué quiere decir esto?....

Nov. Siento vivamente ser causa de esta sorpresa, pero necesitaba ver y he visto lo bastante.

Mar. ¿Y qué habeis visto, caballero? ¿Lo que estais viendo lo comprendeis efectivamente?... Por mi parte dudo aun si es ó no un horroroso sueño.

Nov. ¿Cómo, señora, vos dudais?... ¿No estais en vuestra habitacion ó poco menos? ¿No os hallais en bata de noche, recibiendo la visita de un jóven á la una de la mañana?... Creo que esto no podreis negármelo.

Enr. En primer lugar, caballero, yo no he venido aquí á visitar á esta señora, ni tengo el honor de conocerla.

Nov. (*siempre frio.*) Permitidme que os diga que la defensa es poco ingeniosa; nada tiene de estraño; la situacion en que ambos os encontrais, es harto difícil para improvisar repentinamente una escusa verosímil. Si no conoceis á esta señora, ¿cómo es que os encuentro en su cuarto?

Enr. Precisamente eso era lo que iba yo à preguntaros..

Mar. Sí, responded; ¿por qué razon este caballero se encuentra aquí?

Enr. ¿Sabia por ventura á dónde se me conducia?

Nov. ¿Pues dónde creíais hallaros?

Enr. En el despacho del magistrado que me ha hecho llamar.

Nov. (*desdeñosamente.*) ¿Es una burlà, caballero?

Enr. ¡Jamás he mentido, os lo prevengo!... Al salir de casa del baron Chaudray, un carruaje me alcanzó en la calle, un hombre descendió de él y me dijo...

Nov. ¡Pero no conoceis que todo lo que estais diciendo, no es otra cosa que una fábula, y que no puede satisfacerme!...

Enr. (*comprime un movimiento de cólera, y continúa dirigiéndose á la Princesa en vez de hacerlo á Novratzin.*) Este hombre, señora, me dijo ser enviado por el Sr. Procurador imperial, el cual me suplicaba siguiese á su comisionado, pues tenia que hablarme de un negocio urgente; para mayor seguridad me presentó una carta del magistrado que no dejaba lugar á la duda...

Nov. Pero, caballero, efectivamente todo eso es inverosímil.

Enr. En tal caso, habré yo venido solo, ¿no es cierto? ¡Esa puerta se habrá abierto por sí misma!

Nov. (*colocándose en el centro.*) ¿Y por qué no? Ahora, caballero, basta...

Enr. ¡Oh!... no basta .. es necesario que me oigais...

Nov. Es inútil; el asunto que aquí me conduce debe tratarse con esta señora, no con vos... (*á Margarita.*) ¿Qué respondeis para justificaros?

Mar. (*indignada.*) ¿Justificarme yo?

Nov. Un arrebato de orgullo no es una respuesta.

Mar. Mi decoro me impide daros ninguna otra.

Nov. Haceis mal, señora, porque soy yo quien acuso... He venido á Paris espresamente para sorprenderos, y lo he conseguido. (*Movimiento de Margarita.*) No me interrumpais puesto que no quereis responder á

mi acusacion. A mi llegada, me informaron circunstanciadamente de todo, de vuestra conducta, de vuestros pasos, de los de vuestro amante...

MARG. (*aterrada.*) ¡ De mi..... amante !....

ENR. (*lo mismo.*) ¡ Su amante !....

NOV. He dicho que no hablo con vos, caballero !

ENR. ¡ Oh !.... Dios mio ! (*va á lanzarse sobre él y se contiene.*) ¡ Tenme de tu mano !....

MARG. Y yo prohibo á este caballero que tome mi defensa..... ¡ No le conozco, ni le he hablado jamás !

NOV. (*sonriendo.*) ¡ Es raro !

MARG. ¡ Jamás !.... Vuelvo à repetirlo; su presencia aquí es inesplicable, lo mismo para mí que para vos, y en la seguridad de mi conciencia, rechazo y desmiento vuestras groseras acusaciones.

NOV. Vuestra obcecacion os ciega, señora; ¿ negareis que desde vuestra llegada á París, habeis concurrido con afan á todos los bailes, á todas las reuniones, á todos los sitios donde esperabais encontrar á este caballero ?.... ¿ Me negareis que su pensamiento vive en vos, hace mucho tiempo, y que es la alegría, el consuelo de todos los instantes de vuestra vida ?.... Confesad alguna cosa al menos, si quereis tener el derecho de que se os crea un poco; confesad la inteligencia etérea de dos almas, si quereis desmentir el amor !

(*Margarita inclina la cabeza como confundida y en una completa desesperacion.*)

ENR. (*estupefacto.*) Caballero, á mi vez vuelvo á juraros.....

NOV. ¡ Ah !.... debiais haber comprendido, caballero, que os he olvidado completamente. (*con desprecio.*)

ENR. ¡ Príncipe !.... observad que para contenerme tanto tiempo, y no faltar á las consideraciones que esta señora se merece, ha sido preciso que clavase mis uñas en la carne hasta brotar sangre. Hablais demasiado, pero no lo suficiente para que yo pueda comprenderos..... Es necesario pues que esto concluya, y os advierto que no admitiré sino una respuesta categórica. ¿ Quereis hacerme el honor de concederme una entrevista, mañana, en un sitio enteramente neutral, donde podamos esclarecer esta cuestion á satisfaccion de ambos ?.... (*movimiento del Príncipe.*) ¿ No, eh ?.... Ahora lo comprendo; esto no puede conveniros; ¡ lo que necesitais es el escándalo !.... Pues bien, ¿ qué os detiene ?.... Llamad á vuestros testigos, que sin duda tendreis ya prevenidos, ó arrojadme por la ventana !.... ¡ Digna accion de tan cumplido caballero !

MARG. (*cubriéndose el rostro con las manos.*) Oh!....

ENR. Tal vez, vuestro esposo, señora, aunque estrangero, preferirá aprovecharse del beneficio de la ley francesa, que autoriza al marido á matar al amante; porque, segun parece, ¡yo soy vuestro amante, señora !.... (*con amargura.*) Es una ley muy cómoda, ¿ no es verdad, honradísimo Príncipe ?.... Pues bien, tranquilizaos; ni un grito, ni el mas leve suspiro exhalará mi pecho; tirad pronto del cuchillo ó de la pistola, que indudablemente ocultais en vuestro pecho, y acabemos de una vez. Estoy pronto y espero.....

MARG. (*lanzándose al Príncipe.*) Ah !.... caballero!..

NOV. Tranquilizaos..... Unicamente vine aquí para convenceros, y conseguido mi objeto.....

MARG. Mentis !.... Rechazo esa calumnia.....

NOV. Ni proceso ni escándalo entre nosotros. Hace tiempo dije, que vuestro tutor cometia una imprudencia, haciendo irremediable la desgracia de dos personas que no podian congeniar. Hoy lo reconoceria indudablemente, si llegase á saber lo que sucede..... No seré yo, señora, sin embargo, quien le hará semejante revelacion, como no se me obligue á ello. Entretanto recobro entera mi libertad, y os devuelvo la vuestra; lo que sí os suplico, que en lo sucesivo seais mas indulgente cuando os ocupeis de mi persona.

MARG. Pero Dios mio, esto es horrible!..

ENR. (*con desprecio*) Os comprendo al fin !..

NOV. En cuanto á vos, caballero, como creo que poseeis la llave de esa puerta, por mi parte sois libre de entrar ó salir cuando gusteis..... Os perdono.....

(*Vase por la puerta izquierda.*)

ENR. (*lanzándose detrás de él.*) Que me perdona !... Oh ! eso lo veremos...

ESCENA XIV.

ENRIQUE, MARGARITA.

MAR. (*deteniéndole.*) Ah ! por piedad, deteneos!.... No es ya bastante mi desgracia, sino que quereis hacerla mas horrible con un duelo, con el escándalo y la vergüenza !..

ENR. Señora, va en ello mi honor !..

MARG. Os lo pido de rodillas!.. Ni una palabra al Príncipe; que nadie sepa nada, ni aun la Baronesa; seria ultrajar su cariñosa hospitalidad !.. Oh ! sí, me lo prometeis, ¿no es cierto? Reflexionad que desde el momento en que un hombre defiende la reputacion de una mujer, esta mujer queda deshonrada á los ojos de la sociedad. Yo sola sabré hacerme justicia... Ahogaré en mi corazon hasta el recuerdo mas dulce de mis fantásticos sueños !.. Ay !.. mañana abandonaré la Francia y jamás volverán á verme... Pero al presente mi vida, mi honra, todo se halla en vuestras manos !..

ENR. Contad conmigo, señora !..

MARG. Oh !.. gracias, gracias... (*le tiende la mano: él la estrecha entre las suyas. Margarita la retira y baja los ojos.*) Ahora espero de vos mas que el silencio, os suplico un eterno olvido.

ENR. (*conmovido.*) Por qué exigir de mí un sacrificio superior á mis fuerzas?.. Imposible, no puedo prometéroslo...

MARG. (*comprendiendo su turbacion.*) Caballero, nuestra situacion, en este momento, es harto violenta... miradme, estoy temblando !..

ENR. Parto inmediatamente, señora... Por poco culpable que sea en la desgracia que hoy os aflige, llevo conmigo vuestro perdon, es cierto?..

MARG. Oh! sí, sí... (*Enrique hace un movimiento como para acercarse á ella.*) y un eterno agradecimiento; pero salid pronto de aquí... Salid... vos no podreis comprender nunca lo que estoy sufriendo.

(*Margarita corre á su habitacion precipitadamente y se encierra en ella.*)

ENR. Adios, adios ! (*da un paso como para seguirla, pero se detiene y retrocede hasta salir por la puerta izquierda.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Casa de campo en Taverny, cerca de Paris.—A la derecha, primer término, la habitacion, cuya fachada es de piedra y ladrillo.—Tres ó cuatro gradas conducen á la puerta, y sus barandillas se hallan adornadas de algunas macetas; entre ellas un rosal con flores.—A la izquierda, en el fondo, puerta falsa que da al campo, medio oculta entre la yedra.—Banco y cenador rústico, en primer término á la izquierda, y al pié de un árbol secular.—Desde el tercer bastidor al fondo, bosque sombrío y calles de árboles frondosos que se cruzan por sus copas.

ESCENA PRIMERA.

ZENKO, ENRIQUE.

ENR. *(entrando por la puerta falsa)*. Soy yo, Zenko, no tengas miedo.

ZENKO. *(descendiendo las gradas de la casa)*. Conocí el trote de tu caballo desde el otro lado de la cerca.

ENR. La princesa no me espera tan temprano: ¿Se ha levantado ya?

ZENKO. No se ha acostado en toda la noche.....

ENR. ¡Siempre sufriendo!.... Voy á verla inmediatamente..... quiero reñirla.....

ZENKO. Espera..... Aqui viene.

(Margarita llega lentamente por el lado del jardin; Zenko la saluda y retira.)

ESCENA II.

ENRIQUE, MARGARITA.

ENR. *(con ternura)*. Buenos dias, Margarita.....

MARG. *(estrechando su mano)*. Buenos dias, Enrique.

ENR. ¿Cómo os encuentro levantada ya?

MARG. *(sonriendo)*. Porque soy muy madrugadora.

ENR. Imposible que pueda haceros bien el frio que en las primeras horas de la mañana se esperimenta aquí. ¡Este parque es tan triste!....

MARG. Yo creo, por el contrario, que el frio me reanima..... Pero no nos ocupemos de mí. ¿Habeis encontrado á alguien en el camino?....

ENR. A nadie.

MARG. ¿Con que segun eso, vuestro paseo ha sido feliz?

ENR. *(deposita su sombrero y su látigo sobre el velador del jardin)*. Cómo siempre, y eso que la distancia es bastante larga, por el rodeo que me veo precisado á dar todos los dias, lo cual no impide que con mi caballo, en tres cuartos de hora, me ponga en Taverny.

MARG. ¡Pobre Enrique!....

ENR. No tengo de qué quejarme, mi querida Margarita; á los pocos pasos del pueblo, y despues de torcer el ángulo derecho de una tapia, al abrigo de la cual puedo ya respirar con libertad, el mundo vulgar desaparece de pronto delante de mí. Entonces paso de repente á un universo enteramente nuevo. Es este paraíso, elegido por vos, y en el fondo del cual os pude encontrar, aquel dia de memoria eterna, en que todo el mundo creyó que habiais partido para la Rusia..... ¡Oh! yo solo no quise creerlo, y mi desaparicion me hizo descubrir, milagrosamente, vuestra huella..... ¡Cuán feliz me contemplé, cuando llegando hasta este sitio, cai á vuestros piés haciéndoos comprender todo el amoroso delirio que mi corazon esperimentaba por vos!.... ¡Oh!.... Margarita, Margarita! ¡Qué felicidad pudo igualarse jamás á la mia, al saber que era por mí por quien os ocultábais, y que vuestros sueños de amor me pertenecian!!... Y esa mujer querida, como no lo ha sido ninguna en el mundo, es en el dia la que me espera, amante, enamorada!.... ¡Mia es su sonrisa, su belleza; mio solo su amor!.... Mios estos bosques sombríos, estas aguas murmuradoras, esa casa oculta entre el follaje, divinizado todo con su presencia..... Y siendo dueño de todos estos tesoros, me decís aún «¡pobre Enrique»!..

MARG. *(con amarga sonrisa)* Sin duda alguna os hicísteis demasido rico en poco tiempo, mi querido amigo.

ENR. Veamos, ¿no me perdonareis jamás haberos descubierto en vuestro retiro?

MARG. Es á mí misma á quien no me perdonaré nunca.

ENR. ¿Dos meses de abnegacion, de ternura, de cariño sin límites, no son bastantes á convenceros y á tranquilizaros?

MARG. Toda una vida de arrepentimiento, Enrique, no es bastante á borrar el estravio de una hora. *(se aproxima al banco de la izquierda y se sienta.)*

ENR. *(se sienta á su lado y la toma la mano)*. Vuestra imaginacion no cesa, forjándoos continuamente temores y penas que debiérais desechar. Ese mundo que os intimida, ese mundo implacable á quien debemos ambos despreciar, porque no nos comprendèria, no sospecha siquiera que yo os haya visto, ni dirigido la palabra. Creen firmemente que habéis partido hace dos meses para Rusia, como todos vuestros compatriotas, inclusa la condesa vuestra irreconciliable enemiga. En cuanto á mí, he llegado á justificar mis ausencias de una manera natural y sencilla, haciendo creer á todo el mundo que la aficion á la caza me domina, y me tiene retraido de asistir á nuestras antiguas reuniones. Para hacer más verosímil esta inocente superchería, envio á nuestros amigos, de cuando en cuando, toda la caza que encuentro por estos alrededores, y mi padre admite su parte, suspirando á solas y lamentándose de mi egoismo y de mi abandono hácia él. ¡Pobre querido amigo!.... ¡Es el primer secreto que le oculto!.... Las personas más favorecidas por la suerte, amada mia, tienen tambien que aceptar muchas veces ciertos sacrificios. Por eso no me quejo. Vamos, Margarita, no me escaseeis vuestras deliciosas sonrisas; no amargueis con vuestra contínua tristeza la inmensa felicidad que á vuestro lado disfruto. Reposad tranquila en mi leal cariño, y olvidad ese mundo que á su vez nos ha olvidado tambien.

MARG. ¿Si al menos estuviese segura de que sois completamente dichoso?

ENR. ¿Podeis dudarlo?

MARG. Hasta el punto de haber tomado hace un momento una resolucion heróica.

ENR. ¿Una resolucion?

MARG. No solamente por vos, lo confesaré sinceramente.... Irritada contra mi misma, sí, justamente irritada, harta de mentir, humillada por esa aureola de virtud que ciegamente me conserva aún el cariño de mis amigos, habia pensado... habia resuelto... *(se levanta)* no sé como decíroslo... En fin, Enrique, yo soy una naturaleza especial, estraordinaria, celosa y orgullosa á un tiempo; siempre espiando, temiendo siempre, y cuando en la lucha que conmigo misma sostengo, mis fuerzas físicas se debilitan, sé castigarme sin piedad..... me he dicho que ciertas felicidades se avienen harto mal con la conciencia, y que el

uno para el otro somos un perenne reproche..... He pensado en vuestra carrera, que teneis abandonada por mi; en vuestras penas, mal pagadas, sin duda, con brevísimos instantes de una felicidad dudosa..... He reflexionado, en fin, en vuestro padre, venerable anciano, al cual os he arrebatado, siendo indigna é incapaz de reemplazarle..... Quebrantada por estos combates, debilitada por la continuidad creciente de tan acerbos dolores, vencida, en fin, he conocido que me dominaba una especie de vértigo, y he tenido miedo; miedo, sí, como el soldado que se presenta por primera vez en el combate... Lo primero que ocurre á la imaginacion cuando se tiene miedo es, huir..... Pues bien, habia decidido partir hoy mismo, y seguramente esta vez no hubiérais hallado mi huella.

ENR. *(como aterrado)* ¡Oh!

MARG. Cuando no estais á mi lado puedo reflexionar y tengo valor para todo..... Ayer, despues de vuestra partida, escribí al notario que me vendió esta casa, dándole conocimiento de que deseaba deshacerme de ella otra vez, y que podia anunciar su venta..... ¡al medio dia no me hubiérais encontrado ya!..... ¡Pero habeis venido tan temprano!....

ENR. ¡Margarita!.... ¡Oh!.... no puedo mas!....

(Quiere hablar y no puede; retrocede dos pasos, y dominado por el profundo dolor que debe esperimentar, rompe en sollozos y viene á caer sobre el banco, cubriéndose la cara con ambas manos y apoyando los codos sobre el velador. Margarita le mira con alegría y palpitante de ansiedad, lucha un momento y se lanza á él, separando las manos con que oculta sus lágrimas).

MARG. ¡Oh!.... no, no!.... ¡no partiré, Enrique mio!..

ENR. *(con amargura y recobrándose poco á poco).* No sé, Margarita, si viviré bastante tiempo para olvidar el mal que me habeis hecho.

MARG. *(sentándose á su lado y estrechando sus manos).* No temas nada..... Conozco tu corazon; ya nada de reproches, nada de temores, nada de dudas... Soy dichosa y quiero vivir..... porque conozco que soy necesaria á mi Enrique; ademas, tienes razon, amado mio, ¿qué tengo que temer?.... Aquí nadie piensa en mí, se me cree lejos, muy lejos..... En San Petersburgo es otra cosa; allí observarán que falto, perderé mis tierras y mis vasallos; un poco de tierra helada y algunas docenas de esclavos; ¿qué es esto comparado con la felicidad que disfruto al lado de mi Enrique?

ENR. *(levantándose).* ¡Siempre sacrificios!.... Acabaré por no poderlos aceptar.

MARG. Seria una locura; ¿no conoceis que es mi calenturienta imaginacion la que tiene la culpa de llevar las cosas hasta el último extremo, hasta el imposible, tal vez?.... No, no, positivamente no tendremos necesidad de hacer sacrificios de ningun género. La única cosa á la cual temo verdaderamente, es á que pueda resentirse conmigo el emperador, á quien miro como á mi segundo padre; pero yo le escribiré justificando mi permanencia en Francia. Respecto á mis bienes, tengo en mi casa y al frente de mis propiedades al tio Zenko, un antiguo intendente de mi padre, un hombre honradísimo, á quien hice libre, y cuya libertad no quiso aceptar, mientras yo existiese. Espero que todo esto te tranquilice, ¡Enrique mio!.... Mírame ahora, y en estos ojos, á los cuales reprochabas hace un instante su habitual tristeza, procura encontrar otra cosa que no sea amor inmenso, felicidad cumplida..... ¡Oh!.... ¡imposible, imposible!.... Yo no puedo abandonar nuestra silenciosa casita; estos bosques, esta soledad, este cariño que vivifica todo mi ser..... Ahora mismo voy á dar contraórden al notario.

ESCENA III.

Los mismos, ZENKO.

ZENKO. Princesa, con tu permiso.

MARG. ¿Qué ocurre?

ZENKO. En la puerta principal hay una persona que desea hablarte.

ENR. ¿A vos, princesa?

MARG. Aquí no habita ninguna princesa; preguntarán por la señora Declauriers. Zenko, puedes decir que he salido, no quiero recibir á nadie esta mañana.

ENR. *(con alegría).* ¡Muy bien!....

ZENKO. *(ap. á la princesa).* Es mi tio el que espera.

MARG. *(sorprendida).* ¡Ah!....

ENR. ¿Qué teneis?

MARG. No, nada..... he reflexionado que cuando se trata de desembarazarse de un importuno, lo mas pronto es lo mejor.

ENR. Teneis razon. Recibid á esta persona, y entretanto voy á esperaros al jardin.

ZENKO. Creo que es mejor que permanezcas aquí, porque en el jardin podrias encontrarte.....

MARG. ¿Con quién?

ZENKO. Con un caballero que acaba de llegar en este momento. Hé aquí su nombre. *(da una tarjeta á Enrique).*

ENR. *(sorprendido).* ¡Mi padre!....

MARG. *(asustada).* ¡Enrique!

ZENKO. El mismo.

ENR. ¿Y le has dejado entrar?

ZENKO. Ha pedido ver á la señora Declauriers. Despues que abrí la verja: «lleva esta tarjeta, me ha dicho, y entrégala á mi hijo»... Le contesté que no habia nadie en la casa..... «Le he visto entrar, me replicó, pero comprendo tu mentira..... Lleva mi tarjeta á la señora Declauriers, porque me es igual la reciba uno ú otro»..... Esperando la respuesta me aguarda sentado sobre un banco junto á la verja.

ENR. ¡Oh!

MARG. Es preciso que inmediatamente recibais á vuestro padre.

ENR. *(leyendo la tarjeta).* «Te espero».....

MARG. Amigo mio, no salgais de aqui. Alguna nueva desgracia nos amenaza. Una vez fuera de esta casa, ¿quién sabe si os dejarán volver? ¡Tengo miedo, Enrique, tengo miedo! ¡Este dia presiento que nos ha de ser fatal!

ENR. ¿Qué hacer, veamos?

MARG. Yo me retiro, recibid aquí á vuestro padre, y luchad como yo lucharé, con toda mi alma, por conservar nuestra felicidad presente. Vé, Zenko, conduce á este sitio al señor de Bierges..... *(Zenko sale por la calle de árboles detrás del pabellon).* Entretanto, voy á recibir yo á la persona que me espera. Ahora bien, Enrique mio, decidme francamente, ¿somos verdaderamente dichosos?

ENR. ¡Oh! Lo seremos, no lo dudeis, Margarita. Solo la muerte puede separar en el mundo dos corazones que se aman.

MARG. ¡Sí, sí, Enrique mio!.... es verdad..... Adios, adios. *(Enrique besa las manos á Margarita, y esta entra en la casa).*

ESCENA IV.

Enrique, de Bierges, *que entra conducido por Zenko.*

Enr. (*dirigiéndose á su padre y abrazándole*). No sé por qué; pero tiemblo..... es la primera vez que esto me sucede..... ¿Tú aquí, padre mio?....

Bier. ¿Por qué me haces entrar? Vamos, salgamos de esta casa.....

Enr. ¿Qué tienes que decirme?

Bier. Aquí nada, fuera es otra cosa.

Enr. (*con cariño y volubilidad*). Lo comprendo..... vas á reñirme porque te he engañado; pero á tu vez me has espiado, me has descubierto, y yo deberia enfadarme tambien..... Quiere decir que estamos pagados, ¿no es cierto?

Bier. (*siempre grave*) Corriente..... estamos pagados; pero ahora sígueme.

Enr. Pero, ¿por qué esa insistencia?

Bier. Porque no quiero que permanezcas mas tiempo en esta casa.

Enr. Padre mio, jamás has sido tan severo conmigo. Tu conducta de hoy me prueba que Enrique el estudiante, en otro tiempo, fué más dichoso que hoy lo es el auditor del consejo de Estado.

Bier. ¿Con que es decir que rehusas obedecerme?

Enr. No me niego á obedecerte; pero..... francamente, no te comprendo.

Bier. Puesto que te empeñas, sea. Mi intencion al venir aquí, no ha sido el de provocar un escándalo; pero pues me obligas á ello, sobre tí declino la responsabilidad. Ayer noche me hallaba en casa de nuestros amigos el baron y la baronesa de Chaudray... Se habló de tí por espacio de mucho tiempo, y de tu extraña pasion por la caza. Condenado á una eterna sonrisa, sonreia como los demás, cuando mi antiguo amigo el secretario particular del ministro, me hizo una seña y me llamó aparte: «Bierges, me dijo, Enrique se ausenta demasiado; le vigilais poco, y este abandono será causa de su desgracia.»

Enr. ¿De mi desgracia?

Bier. «¿Sabeis, continuó, lo que hace vuestro hijo?» No, lo confieso..... «Pues bien, mi deber es decíroslo; Enrique se halla en estos momentos en íntimas relaciones con una mujer peligrosa y mal notada.....

Enr. (*dando un paso hácia su padre*). ¡Padre mio!

Bier. Has querido que hablase aquí y satisfago tu deseo... ¿Quieres acompañarme ó continúo?....

Enr. (*haciendo un esfuerzo sobre sí mismo*). ¡Mal notada!.... Adelante.

Bier. «Esa mujer que le tiene sorbido el seso, haciéndole olvidar sus más sagradas obligaciones; esa mujer, que no deberia hallarse en Francia, hace mucho tiempo, habita en Taverny; buscad en los alrededores del pueblo la casa de una tal señora Declauriers, y allí encontrareis á vuestro hijo.»

Enr. (*haciendo supremos esfuerzos para hablar con tranquilidad*). ¿Y al fin me has encontrado? A mi vez te confesaré, padre mio, que no es un dolor comun el que mi corazon esperimenta hoy, al ver al mejor, al más delicado de los hombres, persiguiéndome hasta una casa que no es la nuestra, para calumniar á una mujer á quien no conoce, y á la que no puedo defender contra mi padre!

Bier. Esa mujer, ¿no es efectivamente estranjera? ¿No pertenece á un país con el cual estamos en guerra en este momento?....

Enr. Sí por cierto; pero semejante cualidad, ¿constituye un crímen, por ventura?

Bier. Esa mujer, no anunció hace tres meses públicamente su partida? ¿No se ha despedido de sus amigos, que precisamente son los nuestros?.... Y sin embargo, ha permanecido aquí, en lugar de ir á reunirse con las personas que debian serle queridas, y cuya sangre corre, tal vez en estos momentos, en el campo de batalla.

Enr. ¡Padre mio!

Bier. Ya ves si estoy bien informado. Mi corazon se espanta á la sola idea de que me obligues á ser mas esplícito. Vamos, ven, abandonemos esta casa.

Enr. ¿Qué mas podrias decirme ya?

Bier. Podria decirte, que permaneciendo aquí por mas tiempo, arriesgas el honor de nuestro apellido; el ministro espera que te lleve conmigo.

Enr. ¡Padre mio! ¿Pero os habeis vuelto loco?....

Bier. Heme aquí, en Taverny, casa de la señora Declauriers, sabiendo la indigna conducta de esa mujer, y como si el cielo hubiese querido iluminarme por completo, para poder arrancarte á tu perdicion, yo mismo, á cien pasos de aquí, la he visto rondando esta mañana por estas cercanías y la he reconocido al momento.

Enr. Es decir que para tí constituye un crímen el que haya preferido la Francia á la Rusia, y en tu obcecacion, padre mio, yo soy tambien criminal porque amo á una mujer que olvida su patria porque me ama, porque no puede vivir sin mí!

Bier. Pero, desgraciado, ¡si esa mujer te engaña! Si no es por tí por quien hace lo que tú juzgas un sacrificio! ¡Esa mujer, ni aun tiene la escusa de la pasion ó del vicio, no; sábelo de una vez; esa mujer continúa en Francia, pagada por el gobierno ruso, para desempeñar en nuestro país el miserable oficio de espia!....

Enr. (*conteniéndose*) ¡Padre mio! ¡Ten en cuenta lo que dices; reflexiónalo bien! Jamás he dudado de tí; te he amado, adorado y venerado como al mas leal, al más noble y generoso de los hombres; tanto como creo en tí, creo en esa mujer, como tú la llamas, y respondo de ella con mi cabeza. ¿Repetirás otra vez lo que acabas de decir?

Bier. Sí.

Enr. Entonces probarás tu acusacion; porque si así no fuese, si aceptando tan grosera calumnia, te propusieses únicamente romper un compromiso, que no es de tu agrado, ya no serias á mis ojos el hombre sin tacha á quien respeto por sus virtudes, el padre á quien adoro por la nobleza de su carácter. Por tercera y última vez, ¿te atreverás á sostener tu acusacion?

Bier. (*con severa dignidad*). ¡Delante de ella!....

Enr. (*corriendo á abrir la puerta del pabellon*). ¡Sea!.... tu lo has querido. Señora, venid, venid inmediatamente..... Se trata de la vida; mas que la vida, ¡se trata del honor!....

(*Conduce á la princesa por la mano ante su padre*).

Bier. (*sorprendido y retrocediendo*). ¡La princesa de Novratzin!....

Enr. Aquí está ya..... ¿qué te detiene?.... Pronuncia tu acusacion.....

Bier. (*confundido*). ¡La princesa aquí!....

Enr. Pues qué, ¿no lo sabias?

Bier. No es esta señora á quien yo me referia hace un momento.

Enr. Sin embargo, acabas de decirme que la has visto

esta mañana rondando por estas cercanias.....

Bier. La persona á quien yo he visto esta mañana, oculta detrás de las persianas de un carruaje y como espiando á todo el mundo, era la condesa Gorthiany...

Enr. (*á Margarita*). ¿Lo habeis oido?

Marg. (*con amargura*). ¡Siempre esa mujer!

Bier. (*con dignidad*). Preciso era, señora, que fuera yo muy desgraciado; para haberme permitido acusaros con la violencia que lo he hecho hace un momento..... Os debo una reparacion cumplida, y mis canas no se avergüenzan al humillarse ante vos. Jamás me inspirasteis, señora, otra cosa que el mas profundo respeto y compasion sincera, porque sé que sois muy desgraciada. (*conmovido*). Perdonadme el atrevimiento de haber franqueado el dintel de vuestro retiro sin permiso vuestro; ¡perdonadme cuanto he dicho hace un instante, sin saber quién era la persona á quien estaba ultrajando!.... Vuestro perdon es necesario á la tranquilidad de mi conciencia. (*Se inclina como para arrodillarse, Margarita se lo impide; Bierges la besa la mano*).

Marg. ¿Qué haceis? caballero..... vuestra frente venerable, no me inspira mas que respeto y veneracion!....

Enr. (*arrojándose en los brazos de su padre*). Lo ves como yo tenia razon!.... ¡Ahora no te lamentarás de mi desgracia!

Bier. ¡La que preveo es aun mas terrible para mí!.. Si hubiese hallado en este sitio á la condesa Gorthiany, de grado ó por fuerza te hubiese llevado conmigo; al presente eres libre..... pero amas á la princesa Novratzin..... nada tengo que reprochar, pero el corazon me dice que he perdido á mi hijo..... (*Lleva el pañuelo á los ojos; saluda profundamente á la princesa; abraza á su hijo y vase*).

ESCENA V.

Enrique, Margarita.

Marg. (*le mira partir y cae sobre una silla dominada por el abatimiento*). ¡Oh! ¡es demasiado, Enrique, es demasiado!....

Enr. ¿Porque mi padre ha descubierto nuestro secreto? Razon mas para estar nosotros tranquilos. Mi padre es enteramente mio, y en él encontraremos desde hoy un apoyo y un defensor. ¿Hemos tenido ni aun necesidad de defendernos? ¿Qué me deciais esta mañana, y en este mismo sitio, tranquilizándome, por ciertos escrúpulos con respecto á vuestro porvenir? ¿No me digisteis que todo lo habiais previsto, y que lo aceptábais todo?

Marg. Pero no habia podido preveer lo que hoy me sucede, Enrique; y lo que me sucede hoy, no sé aun si tendré fuerzas para aceptarlo.

Enr. Esplicaos.

Marg. Una de esas fatalidades que se han hecho esclusivamente para mí.

Enr. En efecto, cuando os he llamado hace un momento, estábais pálida, temblando..... y ahora que recuerdo, al mismo tiempo que mi padre, vino otra persona preguntando por vos. ¿Quién era?

Marg. El tio de Zenko, mi intendente en Moscou.

Enr. ¡Ah! y os trae noticias.....

Marg. Sí.

Enr. (*cogiéndola sus manos*). Margarita, conozco que estais sufriendo, y vuestro silencio me hace morir.

Marg. Dispensadme, amigo mio: necesito recobrar poco á poco mis fuerzas para poder hablaros.

Enr. (*con ansiedad*). ¡Por favor!

Marg. El príncipe Novratzin ha sido herido en Silistria. Una bala le ha atravesado la espalda.

Enr. (*retrocediendo*). ¡Ah!

Marg. Al abandonar el ejército, ha sido trasladado á mi casa de Odesa.

Enr. Y bien, Margarita, un alma tan hermosa como la vuestra, no debe exagerar nada, ni aun la generosidad. Esa herida no será mortal. Comprendo vuestra inquietud, vuestro sentimiento; pero lo que leo en vuestra fisonomía, sin comprender la causa, es casi la desesperacion.

Marg. El príncipe mismo me envia este mensaje.....

Enr. (*sorprendido*). ¿El?

Marg. «Vé de mi parte, ha dicho, á anunciar á la princesa que acabo de perder un brazo delante de la ciudad sitiada. Dila que miro esta desgracia como un justo castigo de mi conducta para con ella. Que he cedido á viles consejos; que la he ultrajado; á ella, la más pura y virtuosa de todas las mujeres»....

Enr. ¡Dios mio!

Marg. «Finalmente, dila que no quisiera morir sin obtener antes su perdon.....»

Enr. Y bien, os hace justicia; tiempo era de que lo conociese.

Marg. ¿Y no veis nada mas en todo esto, Enrique? ¿Vuestro corazon no os dice nada?

Enr. No comprendo.....

Marg. Abandonada, ofendida, arrojé de mi corazon y desprecié como debia al hombre feliz, poderoso y fuerte que me declaraba la guerra; pero hoy ¿mereceria siquiera vuestra estimacion, si me mostrase sorda al grito de dolor de un pobre herido, que sufre y que me llama á su lado?

Enrg. ¡Oh! Margarita, no precipiteis vuestras resoluciones.....

Marg. Encontradme un motivo, una escusa, un obstáculo siquiera ante el cual ceda, y mi conciencia se tranquilice..... Pero no, en vano la buscais; en vuestras miradas estoy leyendo mi deber y mi castigo. Mi amor por vos es el que me condena, Enrique; si fuese inocente, me consideraria hoy libre; culpable, debo partir, y parto.

Enr. ¿Pero no habeis reflexionado á dónde os arrastra semejante generosidad? Correis sin duda alguna á una esclavitud eterna. El príncipe curará, y cuando os haya visto el dia y la noche á la cabecera de su lecho, prodigándole vuestros cuidados, dedicándole todos los instantes de vuestra vida, hoy que ya os respeta, y os admira, acabará por amaros apasionadamente; y ¿creeis que amándoos de esta manera, consentirá en volveros á perder? No, no, todo conspirará para estrechar mas vuestros lazos; todo, hasta la autoridad misma de la presencia. Al ausente se le olvida..... ¡y el ausente sucumbe siempre!.. No nos hagamos ilusiones, Margarita; lo conozco, porque en el fondo de mi corazon hay alguna cosa que se hace pedazos; si partís, jamás volvereis, ni volveremos á vernos nunca.

Marg. Lo sé, y esta es la razon porque me habeis visto tan pálida y tan débil. ¡Oh! lo conozco, no hay remedio á mi desgracia.

Enr. ¿Y entonces, por qué aceptarla? ¿Será porque vuestra alma es talmente superior á nuestras debilidades, que os considerais capaz de vivir sin recuerdos y sin amor? Permitidme, Margarita, que os diga que eso no es otra cosa que el ridículo del

heroismo. Os inmolais á vuestro marido, á ese enemigo de ayer..... Bien sabe Dios que no quisiera recordar en este momento mas que su herida; pero á mí, que os he encontrado libre, que me habeis sido única y tácitamente cedida por ese hombre, á mí que os he amado de una manera tan leal, consagrándoos todos los instantes de mi vida, ¿creeis que no me debeis nada?

Marg. Os debo todo mi amor, y os le prometo hasta mi último suspiro; pero desde este momento en que mis ojos os ven aun, en que mi mano estrecha la vuestra, nuestra existencia presente no será mas que un pasado muerto para siempre. ¿Qué seria de mi si permaneciese en Francia ni un solo dia?.... La condesa Gorthiany habrá partido ya, ó partirá inmediatamente para ir á revelar nuestro secreto á ese moribundo, que me llama la más virtuosa de las mujeres. ¿Comprendeis ahora que yo debo llegar primero?.... ¡Volver! ¿Y para qué, despues de haberme vos conocido libre y dichosa? Yo no puedo consentir que me veais en brazos de otro hombre; y aun vos mismo, ¿en qué estado encontraria vuestro corazon? ¿Seríais aun el amigo fiel, el amante cariñoso sobre el cual me apoyo al presente?.... Hé aquí uno de esos suplicios cuya sola idea me asesina. ¡Oh! no protesteis..... acabais de decirlo; al ausente se le olvida.

Enr. (*llorando*). ¡Oh!.... dudad ahora de mí!

Marg. ¡Dios no lo quiera!.... Pero comprended que si alguna esperanza me restase, os diria, os suplicaria, os ordenaria esperarme..... y sin embargo nada os pido, Enrique, y es porque comprendo lo difícil de nuestras posiciones respectivas..... ¡Oh!.... (*tomándole cariñosamente la mano; Enrique conmovido apenas puede hablar*). Cuando yo esté ausente, vos defendereis mi memoria, ¿no es verdad?.... Decid á todos aquellos que se atrevan á acusarme, que no he vacilado entre mi deber y la más cara de las necesidades de mi vida; que lo he sacrificado todo, afecciones, corazon, amor; y que al separarme de vuestros brazos, no he sido exigente imponiendo sacrificios; pero este último que yo me impongo, yo, la mujer enamorada y orgullosa, no es el menos doloroso de todos.

Enr. (*sollozando*). ¡Margarita!..... Margarita!....

Marg. En fin, Enrique mio; esta noche, cuando vuestro padre os abrace, completamente feliz de poseeros solo, decidle que me juzgó mal; que le suplico me perdone, y me conceda al menos su estimacion..... Cuando esteis triste, pensad alguna vez en Margarita, y tal vez mi recuerdo os consolará!....

Enr. (*con desesperacion*). ¡Oh!.... es que yo no quiero ser libre; no, no quiero que se rompan los lazos que nos unen, ni os devuelvo tampoco vuestra libertad!....

Marg. He ahí una palabra que me dará fuerzas para partir. (*arrancándose de los brazos de Enrique*). Vamos, es preciso..... esta situacion es demasiado violenta para prolongarla. (*enjugándose sus ojos y esforzándose en aparecer tranquila ante los criados. Zika aparece en el fondo*). Mandad que enganchen mi carruaje, y decid á Zenko que venga.

Enr. ¿Pero qué, vais á partir en el acto?

Marg. (*con amarga sonrisa*). El herido de Odesa no puede esperar.....

Enr. ¡Sin hacer ningun preparativo!

Marg. Desde esta mañana lo tengo todo dispuesto, ya os lo dije..... Mis caballos me conducirán hasta la primera posta, y una vez allí, lo más doloroso está ya hecho; mi equipaje y mis criados vendrán despues...!.

Enr. ¡Al menos me permitireis acompañaros!....

Marg. ¡Imposible!.... ¿Creeis que tengo fuerzas para despedirme otra vez? ¿Quereis que muera dos veces? ¡No teneis compasion de mí, Enrique! (*se oye el ruido de un carruaje*).

Enr. (*aterrado*). ¡Ah!

ESCENA VI.

Los mismos, Zenko.

Marg. (*haciendo un esfuerzo sobre sí misma para aparecer tranquila*). ¿Es mi carruaje?

Zenko. No, princesa. Dos personas acaban de llegar con una carta para visitar la casa que se desea vender.....

Enr. ¡Oh!.... que esperen; en estos momentos.....

Marg. No, Enrique, vale mas que nos echen..... esto nos producirá menos pena..... (*á Zenko*). Que traigan mi carruaje por la senda del bosque, montaré en esa puerta (*Zenko sale*). Vamos, ¡Valor!.... (*estrechando la mano de Enrique*).

(*Zika aparece en la puerta del pabellon con el sombrero de su señora: Margarita se lo pone. Zika se dirige á la puerta falsa y la abre*).

Enr. (*desesperado*). ¡Imposible!.... ¡Imposible!....

Marg. Ahora dadme el brazo, me acompañareis hasta el carruaje.

(*Se adelanta á la escalinata del pabellon, coje una rosa, la besa y la guarda en su seno. Contempla un momento la habitacion, enjuga sus lágrimas y vuelve al lado de Enrique*).

Enr. (*sollozando*). Sí, sí.....

Marg. Sin duda estaba escrito allá arriba. (*Zenko aparece en el dintel de la puerta falsa*). Adios, casa querida, que tanto amé; adios encantadores sitios, mudos testigos de los únicos momentos de felicidad que he disfrutado en mi vida..... Adios, para siempre!....

Enr. (*arrastrado por Margarita*). ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... ¡Este es un horrible sueño!

(*Salen por la puerta falsa seguidos de Zenko y Zika: la puerta vuelve á cerrarse*).

ESCENA VII.

El notario, Magdalena.

(*Entrando por una de las calles de árboles de la derecha por detrás de la casa*).

Not. Desde aqui se vé todo perfectamente. Componen en totalidad sesenta aranzadas de tierra.....

Mag. Pero este árbol enorme oculta la casa.....

Not. Señorita, os aseguro que es una magnífica propiedad.

Mag. Sí, pero muy triste..... Esas calles tan sombrías, ¡este bosque tan espeso!.... No se ve por todas partes más que yedra, enredaderas y maleza..... Aqui el sol, por lo visto, no penetra nunca, y estas bacantes destrozadas se asemejan á las estátuas del hambre y la desesperacion.

Not. Conozco que teneis razon, y es una lástima, porque el sitio es magnífico y la posesion barata. Ayer se me autorizó para ponerla en venta, y vos sois la primera persona que la visita; sin embargo, si gustais continuaremos viéndola. ¿Quereis que entremos en la casa?

MAG. Sí, pero primero será necesario avisar. (*el notario llama á la puerta*). Nadie contesta..... Parece esto un verdadero castillo encantado..... ¿No me digisteis que estaba habitado aún?

NOT. Sí, señorita.

MAG. ¿Y por quién?

NOT. Por una señora que se llama Declauriers, y que, segun parece, abandona el país.

MAG. ¿Declauriers?....

NOT. Una cliente de mi predecesor. (*Vuelve á llamar.*)

MAG. No os molesteis; podemos retirarnos.....

NOT. Nada de eso, señorita; una casa en venta puede visitarse sin indiscrecion..... (*abren la puerta.*) Aquí veo una sala y un dormitorio.

MAG. Pero esto, caballero, por lo oscuro y mal acondicionado, mas bien parece una tumba. Yo no sé por qué, pero el aire que respiro me hiela la sangre. Aquí no hay alma viviente.

NOT. Permitidme (*mirando el sombrero y el látigo de Enrique que permanecen sobre el velador.*) pero aquí hallamos un vestigio de la presencia del hombre. (*sonriendo.*)

MAG. (*tomando el látigo.*) Y de un caballo.....

NOT. (*leyendo las iniciales que se hallan grabadas en el puño.*) E. B.

MAG. Estas no son las iniciales de la señora Declauriers.

NOT. Ignoro á quien puedan pertenecer.

MAG. (*como reflexionando.*) E. B. ¡Sí! estas iniciales concuerdan con el nombre que ha venido de pronto á mi imaginacion..... ¡Pero qué, es un disparate!....

NOT. Si os parece, podemos continuar visitando la casa.

MAG. ¿Para qué?.... No quiero haceros perder un tiempo precioso. La posesion no me conviene. Parque, jardin, bosque, habitacion, todo me disgusta. Mi pobre madre tiene necesidad de mucho sol, y de mucha alegría, y aquí, por el contrario, se moriria de tristeza. No hablemos mas.

NOT. Como gusteis, señorita.

MAG. ¡Vamos!

(*Toma el brazo del notario y van á marchar, cuando Enrique abre la puertecilla falsa y aparece en el dintel. El notario y Magdalena se detienen.*)

NOT. ¡Deteneos, alguien se acerca!

MAG. Y no podemos esquivar su presencia.

NOT. ¿Por qué ocultarnos? Voy á decir que la finca no os conviene y que.

MAG. (*deteniendo al notario.*) ¡Es Enrique!.... ¡Silencio!

ESCENA VIII.

Los mismos, ENRIQUE; *entra pálido, con el pañuelo sobre los ojos y se dirige sin ver á nadie y con la cabeza inclinada á la balaustrada de la escalera; se arrodilla en el primer escalon y solloza; luego se levanta y dirigiéndose al rosal, arranca todas las flores que quedan y las arroja al suelo; en seguida se dirige apresuradamente á tomar su sombrero y su látigo, que están sobre el velador. Un movimiento de Magdalena y del notario, como para retirarse, le hacen levantar la cabeza un momento: saluda maquinalmente y vase por la derecha, siempre con el pañuelo en los ojos y sollozando.*

ENR. ¡Adios, casa querida!.... Adios!.... (*vase.*)

NOT. ¡Ese hombre preciso es que esté loco!

MAG. (*siguiéndole con la mirada.*) Preciso es que sea muy desgraciado.

NOT. ¡Qué casa!.... Dios mio, ¡qué casa!

MAG. ¿Cuánto me habeis dicho que vale?

NOT. Cincuenta mil francos, señorita.

MAG. Podeis estender la escritura cuando gusteis... la posesion es mia desde hoy.

NOT. (*sorprendido.*) ¿Qué decís?.... pues si no hace un momento que.....

MAG. He dicho que la compro; podeis pasar á cobrar cuando gusteis..... Ahora vuestro brazo..... (*vanse.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto anterior y la misma situacion de escena, pero trasformado y como rejuvenecido todo.— Parterre en medio con juegos de aguas, flores, estátuas, canastillos, perspectivas, ramilletes de árboles enanos sobre cuadros de yerba y de boj.— Todo respira animacion y alegría.—En primer término, á la izquierda, una mesa dispuesta para el almuerzo y otra en la primera caja de bastidores que hace las veces de aparador.—Tambien á la izquierda, pero en tercer término, y al pié de un árbol, una butaca ó sillon de lujo.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, ROSA.

(*Francisco arreglando la mesa, Rosa que sale del pabellon.*)

FRAN. Decidme, Rosa, ¿la señora almorzará hoy en el jardin?

ROSA. La señora, no, porque ya se ha desayunado en la cama; pero la señorita sí, porque creo que tiene algun convidado.

FRAN. ¿Qué mirais por ese lado?

ROSA. Una cosa muy sencilla... Un caballero que me encuentro todos los dias por estos alrededores admirándose y sorprendiéndose de todo lo que vé... Se conoce que le gusta mucho este paseo...

FRAN. Algun original... Tal vez os suplique le permitais ver la parte reservada de los jardines.

ROSA. (*Señalando á la izquierda.*) Miradle. Ahora se dirige al bosque.

FRAN. Nada tiene de estraño que desee como todo el mundo ver la posesion, pues como dicen las gentes del país, es un verdadero fenómeno el que en tres meses ha obrado aquí la señorita. Ya se vé, como es tan rica, ha hecho trabajar en tan corto tiempo á más de cien trabajadores, y ha trasformado tan triste retiro en un delicioso paraíso.

ROSA. ¿Dos campanillazos? Visita. (*Se oye la campana de la verja.*)

ESCENA II.

Los mismos, LA BARONESA, BIERGES.

BAR. (*cogida del brazo de Bierges.*) Pero, amigo mio, ¡qué cara tan compungida poneis!... (*sonriéndose.*) ¡Qué miradas!... ¿Qué es lo que os pasa?... Decidme...

BIER. Nada, Baronesa, nada... pero sepamos, ¿á dónde me conducís?...

(*Todo este tiempo, Rosa continúa ayudando á Francisco á disponer la mesa y el aparador.*)

Bar. Nada os importa. «¿Estais libre mañana? os pregunté anoche; ¿me quereis consagrar el dia y acompañarme al campo?...» «Estoy á vuestras órdenes,» me contestasteis; en su consecuencia, os fuí á recojer esta mañana en mi carruaje, y partimos; lo demás no debe preocuparos; pero quede sentado desde ahora que me perteneceis hasta las ocho de la noche.

Bier. Seguramente... pero si no me engaño estamos en Taverny.

Bar. ¿Y quién dice lo contrario?... ¿Teneis algo que decir en contra de este delicioso sitio?

Bier. No por cierto...

Bar. Pues entonces, silencio y obediencia... (*á Rosa.*) Rosa, hija mia, hazme el favor de anunciarnos.

Rosa. En este momento están vistiendo á la señora... La señora Baronesa sabe muy bien, que por razon de su avanzada edad, la señora Almiranta se levanta muy tarde.

Bier. (*sorprendido.*) ¿La Almiranta habita en esta casa?...

Bar. (*ap. á Bierges.*) Sí; la Almiranta Dampmesnil; Ya sabeis, la mamá de aquella niña... (*á Rosa.*) ¿Y la señorita?

Rosa. La señorita ha ido á visitar el colegio de las hermanas de la caridad; pero volverá en seguida.

Bar. ¿Por dónde vendrá? Si lo supiéramos, la saldríamos al encuentro.

Rosa. La señorita, cuando sale, puede venir por tres caminos distintos; si se dirige por el del pueblo, entra siempre por la puerta principal; si pasa por casa del señor cura, vendrá por el sendero de la derecha; si por el contrario...

Bar. Basta, hija mia, no te canses, eso es muy complicado para nosotros; ¿no es cierto, amigo mio?... Vamos á esperarla paseando tranquilamente, y así podré haceros ver el paraiso encantado de mi querida Magdalena.

Bier. Baronesa, ¿por qué me traeis á esta casa?..

Bar. ¿Y por qué no habia de traeros?...

Bier. ¡Pero sin prevenirme!... Eso es una traicion. ¡Oh!... esta casa...

Bar. ¿Sabeis, de Bierges, que os asemejais á un traidor de melodrama? (*remedándole.*) ¡Taverny!... ¡Oh!... ¡Esta casa!... ¡Ah!... Cualquiera diria al veros y al otros, que os arrastro á un abismo.

Bier. No, querida amiga, pero despues del mal éxito de vuestros proyectos respecto á la señorita Dampmesnil, y los desatinos de mi hijo la noche del baile en vuestra casa...

Bar. ¡Y quién se acuerda ya de eso!... Vuestro hijo no entra para nada en el objeto de nuestro paseo; nadie se ocupa de su existencia. Lo que no comprendo es, por qué motivo os privais de una sociedad y de unas relaciones que siempre os serian gratas, mucho más en una casa donde vuestra posicion es naturalmente franca y desembarazada. ¡Oh poder de las contradicciones!... Vos huis á Magdalena, y ella os adora.

Bier. ¡Huirla yo!... No por cierto... pero sí siento la torpeza que cometió mi hijo aquella noche.

Bar. Os lo repito, ya no se trata de nada de eso. (*Se sientan cerca de la mesa.*) ¿Sabeis que todo aquí es precioso?... Como arreglado y dirigido por ella...

Bier. Lo cierto es, que efectivamente lo encuentro muy cambiado. (*Se sienta á su lado.*)

Bar. ¿Cómo?... ¿qué decís?...

Bier. Digo que se halla todo... (Diablo, iba yo á descubrir...)

Bar. ¿Cómo sabeis que está muy cambiado?...

Bier. Lo supongo, Baronesa; acabais vos misma de decir que estaba todo arreglado y dirigido por ella!... Arreglo supone cambio, y por esto saco yo la consecuencia.... (Si sigo, me embrollaré más; yo no sé mentir.)

Bar. Sí, amigo mio, todo lo que veis no era más que un bosque lleno de maleza, de árboles viejísimos, de húmeda yerba, de sauces llorones y cascadas monótonas. Veis esa casita tan linda ahora, pues anteriormente su fachada era de piedra, con grandes ventanas rasgadas y vidrios verdes. (*Levantándose.*) Hoy dia todo es bello, todo respira alegría, como su dueña... Y á propósito, ¿qué se ha hecho de vuestro hijo que apenas le veo?

Bier. ¡Baronesa!...

Bar. Apenas le veis tampoco, ¿no es esto?

Bier. Hace tres meses que no se separa un momento de mi lado.

Bar. Pues antes no era así... cuando decia que cazaba...

Bier. Y efectivamente, era muy afortunado en su aficion.

Bar. Vamos, ¿me sostendreis á mí que efectivamente la caza que nos enviaba era muerta por él?... ¿A mí que comia sus liebres y sus perdices?...

Bier. ¡No comprendo!

Bar. Enrique no nos mandó nunca sino perdices y liebres de contrabando, compradas por él en cualquier parte... Jamás encontré un grano de plomo en el cuerpo de aquellas inocentes víctimas... Presumo que sois conmigo más reservado de lo que debiérais; vamos, confesadlo, Enrique por entonces se hallaba enamorado...

Bier. ¡Enamorado! ¿Y de quién?

Bar. ¿Quereis haceros el diplomático conmigo? Nada me importa; pero os advierto que cuando me empeño en saber una cosa, acabo siempre por conseguir mi objeto...

Bier. Con tan buena amiga yo no puedo tener secretos... Efectivamente, lo confieso, ha habido una época en que Enrique me puso en cuidado.

Bar. ¿Y quién era la favorecida?

Bier. Una muchacha muy linda... una actriz... ¡Oh! no puedo negar que tuve miedo... pero como es tan dócil y tan bueno, abandonó aquellas relaciones, cediendo á mis consejos... Nada tiene de estraño que aun tenga sus ratos de melancolía, recuerdos del pasado, que con el tiempo se disiparán... (Lo siento, pero es necesario mentir.)

Bar. ¡Pobre muchacho!...

Bier. Yo le dejo; procuro que se distraiga, y no quiero atormentarle... En el dia no le encuentro mas que un defecto; su amor á la independencia... Me ha dicho muy formalmente que piensa permanecer soltero toda la vida.

Bar. Quién sabe, tal vez tenga razon... Magdalena piensa lo mismo que él; dice que no se casará jamás.

Bier. Tanto peor para mi Enrique. Si algun dia, colmando nuestros votos, llegase á enamorarse de ella... seria ya tarde y él se tendria la culpa.

Bar. Justo fuera que pagára la pena... (*Dirigiéndose á Rosa que ha vuelto á salir y continúa arreglando la mesa.*) ¡Hola! ¡hola! ¿habeis puesto la mesa en el jardin?...

Rosa. Sí, señora; cuando hace buen dia almuerza siempre aquí la señorita; y por cierto que ya me estraña su tardanza... Como hoy es dia de limosnas, se habrá entretenido.

Bier. ¡Todas las virtudes!... ¡Es un ángel!...

Bar. Todas, amigo de Bierges. Venid conmigo, que quiero enseñaros la sala donde Magdalena pinta; vereis obras suyas preciosas... es una completa artista...

Bier. Esa niña posee todos los talentos, segun veo...

Bar. Menos uno. (*Tomando el brazo á Bierges y alejándose.*)

Bier. ¿Cuál?

Bar. El de saber agradar á vuestro hijo. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

Rosa *continuando en su ocupacion; despues* Enrique.

Rosa. ¡Pero ese jóven no se cansa, todo lo mira con un interés!... (*Observando por la derecha.*) ¡Calle! y se dirige hácia aquí... Veámosle venir; precisamente me ha de decir algo...

Enr. ¡Nada de lo que yo he conocido en otro tiempo!... ¡Nada de lo que amé!... ¡Todo ha desaparecido... como ella!... Margarita me olvidó, su casa me desconoce... ¡Nada tiene de estraño!... ¡Quién me hubiera dicho hace tres meses que podria penetrar un dia en estos sitios sin morir de dolor y desesperacion. (*Se adelanta.*)

Rosa. ¡Caballero!...

Enr. Dispensadme, hija mia; distraido he llegado hasta aquí sin pensar que...

Rosa. ¿Que esta era una propiedad particular?... Nada tiene de estraño...

Enr. Os pido mil perdones y me retiro... La belleza de estos sitios atrajo maquinalmente mis pasos...

Rosa. Si os agrada, caballero, podeis mirar y pasear cuanto gusteis.

Enr. ¿Vuestros señores no se hallan aquí?

Rosa. Sí, señor, pero...

Enr. ¡Oh!... entonces me retiro. (*Saca su bolsillo y da á Rosa una moneda.*)

Rosa. Mil gracias, caballero, pero no os retireis tan precipitadamente. Mis señoras me reñirian, si no hubiese sabido llenar, en ausencia suya, los deberes corteses de la hospitalidad, para con una persona tan entendida y fina como lo pareceis vos.

Enr. Será indiscrecion de mi parte, si os pregunto á quién pertenece en el dia esta casa?

Rosa. A la señora Almiranta Dampmesnil y á su hija Magdalena.

Enr. Ah! gracias, gracias!... (*se aleja.*)

(*Al retirarse aparece Magdalena y no puede huir su encuentro.*)

ESCENA V.

Los mismos, Magdalena.

Mag. Qué hay, Rosa? (*Francisco sale por la derecha y toma de manos de la Señorita una cartera, el sombrero y la sombrilla.*)

Rosa. Es un curioso, que, mirándolo todo, se ha introducido hasta aquí, pero parece persona muy fina.

Mag. (*temblando de alegría.*) El!... (*aparte á Rosa, se entra en la casa.*) Bien; retírate.

Enr. Mil perdones, Señorita; hace un momento me paseaba por los alrededores de esta posesion, y como esto era un bosque en otro tiempo, he desconocido el sitio, y sin pensar, he penetrado hasta aquí.

Mag. Y qué tiene de estraño?... Además, nuestra posesion no tiene cercas ni vallados, y bien puede decirse que pertenece á todo el mundo... No trateis, pues, de disculparos, os lo suplico. Puesto que conoceis el país y la propiedad, la habreis encontrado algun tanto cambiada, ¿no es cierto?

Enr. Es tan exacto lo que decís, que en vano evoco mis recuerdos para reconocer nada de lo que anteriormente existia. Parece que algun genio malicioso ha tenido el placer de cambiar el órden de las antiguas disposiciones.

Mag. Ciertamente nos hemos visto precisados á hacer grandes variaciones. Mi madre, á quien tal vez conozcais...

Enr. Acaban de decirme su nombre. Este nombre, todo el mundo en Francia le conoce y lo respeta.

Mag. Pues bien, caballero, mi madre se enamoró de esta propiedad, y como el satisfacer el más mínimo de sus deseos es para mí una obligacion sagrada, la compramos. Al poco tiempo de habitar en ella, estaba disgustadísima; todo aquí le parecia triste y sombrio; y como el cambiar su aspecto solo era cuestion de un poco de dinero, emprendimos la obra, y yo me encargué de la direccion... Qué quereis, las personas, á cierta edad, tienen sus caprichos, que nosotros tenemos la obligacion de respetar. Ah!... (*la Almiranta sale del pabellon, lentamente, apoyada en dos de sus doncellas; un lacayo detrás con un almohadon y una banqueta. La edad de la Almiranta es muy avanzada; viste con la elegancia correspondiente á su clase; su mirada es fija y serena, pero en ella falta la luz de la inteligencia.*) Aquí viene; me permitís que vaya á darla un beso?... (*Magdalena se adelanta y ayuda á su madre á bajar los últimos escalones. Magdalena, viendo á Enrique que se prepara á saludar respetuosamente á la Almiranta.*) Vuestro nombre?

Enr. Enrique de Bierges. (*Magdalena, colocando su mano sobre la espalda de su madre; al contacto de esta mano, la Almiranta levanta la cabeza y mira á su hija con la alegría de un niño.*)

Mag. Madre mia, me permites que te presente á este caballero? Es el Señor Enrique de Bierges. (*mientras la mano de Magdalena permanece sobre la espalda de la Almiranta, esta sonrie, y no deja de mirar á su hija.*)

Alm. Sí, hija mia!... (*despues de dichas estas palabras, se vuelve y mira vagamente á su alrededor; las doncellas la conducen al sillon que está al pié del árbol, cuyo sitio baña un rayo de sol: el lacayo coloca el almohadon y la banqueta, y permanece detrás del sillon.*)

Mag. Dispensad á mi pobre madre, caballero; su atencion se fatiga muy pronto. Amaba tanto á mi padre, que al recibir la noticia de la muerte del fiel compañero de toda su vida, su razon quedó completamente paralizada, y solo cuando yo la hablo, parece reanimarse al metal de mi voz, ó al contacto de mi mano que la acaricia. (*Magdalena vuelve otra vez al lado de su madre, á la que arregla el prendido, etc., etc., despues la besa y la ayuda á levantarse, porque la Almiranta, despues de haber descansado un momento, continúa su paseo, por la izquierda, acompañada de las doncellas y el lacayo.*)

Enr. Sin duda la doncella se equivocó llamando Señorita á esta preciosa jóven... Encuentro en ella mas juicio y gravedad de lo que á su edad y á su estado pudiera exigirse.

Fran. (*en el fondo, que acaba de recibir una órden de Magdalena.*) Está muy bien, señorita.

Enr. Vamos, no tiene duda, positivamente es soltera. (*examinando la casa.*) Hé ahí la nueva casa, insolente con su pintura, con el sol que la baña, y sus

flores que la sirven de adorno!... Pero señor, cómo esta jóven no ha tenido la caridad siquiera, de respetar un solo punto, ni un solo detalle en toda la estension de la propiedad?

Mag. (*que vuelve despues de haber despedido á su madre.*) Por lo que observo, no encontrais nuestra posesion muy de vuestro gusto?

Enr. Oh! Señorita, al contrario; todo aquí respira gusto y elegancia.

Mag. El carácter de la posesion, al presente, no es efectivamente el que tenia cuando la compramos. La casa en aquella época era sombría, llena de rincones, de cuartos oscuros y mal ventilados; esto no era jardin, sino un bosque lleno de maleza. Sin embargo, en donde quiera que he encontrado una distribucion aceptable ó un detalle cómodo, lo he respetado.

Enr. (Mucho lo dudo!)

Mag. Parece ser que esta casa, antes de venir nosotros á ella, se hallaba habitada por una persona sola, que viviendo retirada del mundo, no la gustaba el ruido ni las visitas importunas. Esta señora, porque segun me han dicho era una señora muy bella, siempre estaba triste, y muchas personas del país aseguran haberla visto llorando por las sombrías calles del bosque.

Enr. Llorando?

Mag. Nada, pues, tiene de estraño que esta pobre señora amase aquí todo lo que armonizaba con el estado de su alma; pero, nosotros, por el contrario, teníamos necesidad de aire y de luz. Yo soy jóven y naturalmente alegre; mi hermano, guardia-marina, que en este momento cruza con su barco el Mar Negro, se considerará satisfecho cuando, á su regreso de Sebastopol, pueda recrear sus ojos en perspectivas tan alegres y risueñas como las que su hermana le ha preparado aquí.

Enr. (Una sonrisa de Margarita era bastante para embellecerlo todo.) El gusto, señorita, que ha presidido á la completa variacion de esta propiedad, no puedo menos de confesar que es esquisito.

Mag. Mil gracias, caballero; pero puedo aseguraros que, muchos de los cambios que he verificado, eran absolutamente indispensables. Sin embargo, si continuais vuestro paseo, por este lado, hácia la izquierda, encontrareis un sitio poético y encantador.

Enr. (*aparte y con desden.*) (Algun kiosko chino ó alguna choza suiza.) (*alto.*) Veo, sin embargo, que dais la preferencia á las cosas alegres, ó las risueñas perspectivas; y hé aquí por qué me figuro no habreis conservado el sitio que á mí me agradaba mas. Recuerdo, aunque vagamente, que era una gran calle de olmos y castaños que conducia á un pabellon rústico, desde el cual se descubria el campo; un retiro encantador, frágil como un nido abandonado. Las ramas de los árboles que le circuian, venian á caer hasta su entrada, alfombrándola con sus flores y sus botones de oro puro. La única ventana por donde penetraba el sol, ostentaba ricos y caprichosos cortinajes de enredaderas, de yedra y pasionarias, que recreando la vista, regalaban, al ambiente que allí se respiraba, sus májicos perfúmes!... Pero el pabellon era bastante triste, y nada tiene de estraño...

Mag. Es cierto; el jardinero y el arquitecto fueron de la misma opinion. Todo esto, decia el uno, es sombrío, triste... Además, añadió el otro, la carencia absoluta de sol matará las plantas y las flores.

Enr. ¿Y todo lo han destruido?

Mag. No por cierto, caballero; no he permitido que se toque nada.

Enr. (*con alegría.*) ¡Ah!

Mag. Dejad vivir esos árboles respetables, les he dicho; dejad á ese sitio todo su encanto y todos sus recuerdos, y muera por sí solo, si es así la voluntad de Dios, sin que la mano de ningun mortal profane sus secretos. Si vuestras flores no pueden vivir en la sombra eterna que lo rodea, poco importa; á mí me gustan más las ideas que las flores; y es exacto, caballero, os lo confesaré francamente: cuando me paseo por ese sitio á la luz de la luna, absorbida en mis pensamientos, me siento dominada por ideas tan dulces!... Hasta me figuro que descienden de los espacios celestes, y vienen á caer gota á gota sobre mi frente y sobre mi corazon.

Enr. Nada tiene de estraño, señorita; las ideas son genios invisibles que descienden á ciertas horas sobre las cabezas elejidas. (Oh!.. mis hermosos árboles viven aun! Bendita sea esta criatura inteligente, que sin saberlo me ha conservado el recuerdo más delicado y más puro!..) (*alto.*) Señorita, os suplico trasmitais á la señora almiranta el homenaje de mi profunda veneracion. Os doy mil gracias por la bondad con que os habeis dignado recibirme, á pesar de mi indiscrecion, y me retiro...

Mag. Adios, caballero... (*deteniéndole.*) Ah!... una palabra. Me habeis dicho vuestro nombre hace un momento, y presumo que este nombre no me es desconocido. ¿Seriais por ventura, pariente de un caballero anciano que lleva tambien vuestro apellido?

Enr. Es mi padre, señorita.

Mag. Oh! le conozco mucho; le ví cierta noche en casa de una íntima amiga mia, la baronesa Chaudray.

Enr. Ah! conoceis á la baronesa?

Mag. Os he dicho que es mi ín ima amiga; precisamente la espero esta mañana, porque me ha prometido venir á almorzar conmigo, y á presentarme un amigo suyo.

Enr. Permitidme entonces, señorita, que me retire... (La baronesa aquí!.. Si me encontrase, mi padre lo sabria inmediatamente, y no quisiera...) (*mirando á todos lados*)

Mag. Qué buscais?

Enr. Nada, señorita!... tengo que pediros un favor.

Mag. Decid...

Enr. Os suplico que no hableis de mí, ni de mi aparicion en estos sitios, á la señora Baronesa; es mas que una gracia, es un servicio el que os pido.

Mag. Os lo prometo.

Enr. A la admiracion sincera que acabais de inspirarme, vá á reunirse al presente el mas vivo reconocimiento. Adios, señorita!...

ESCENA VI.

Los mismos, La Baronesa, de Bierges, *y* Rosa.

Bar. (*dentro aun.*) Con que no está sola?

Rosa. (*saliendo.*) No, señora; está con el curioso de que os hablaba hace un momento.

Bier. (*sorprendido viendo á su hijo.*) Enrique!...

Bar. (Enrique aquí!!)

Enr. (La Baronesa!... Mi padre!... Imposible evitar su encuentro!...)

Bier. (Vamos!... comprendo á lo que viene!...)

Mag. Buenos dias, mi buena amiga. Caballero! (*saludando á de Bierges.*)

Bar. Iba á presentaros al señor de Bierges; pero os encuentro con el hijo, y en su consecuencia, es escusada la presentacion del padre... (*á Enrique.*) Qué haceis aquí, caballerito?

Enr. Yo? Señora... (*cortado.*)

Bar. Pero esto, qué significa?... (*á Bierges.*) Vamos á ver, responded el uno ó el otro.

Bier. Vuestra impetuosidad nos aturde, querida amiga. Enrique estará aquí... porque...

Bar. Acabad... Por qué?

Mag. (Ni el padre ni el hijo saben mentir... es una cualidad muy apreciable que no olvidaré.)

Bier. Enrique habrá sabido que veníamos á pasar el dia en el campo; preguntaria el sitio, y temiendo aburrirse solo todo el dia, vendrá á reunírsenos, esperando no ser mal recibido donde su padre es recibido tan cariñosamente.

Bar. No está mal arreglado; pero se me ofrece una pequeña dificultad: cómo habiendo partido antes que él, ha llegado aquí antes que nosotros?...

Mag. Habreis venido en carruaje... y este caballero tal vez tomaria el camino de hierro.

Bier. Justamente, eso debe ser.

Bar. (*á Magdalena.*) *Tu quoque*!... como dice Chaudray. (Se estarán estos niños burlando de mí? Eso es lo que quisiera saber.)

Bier. (*á Enrique.*) Has visto qué niña tan amable?

Enr. Y en estremo bella y juiciosa.

Mag. Baronesa, el señor de Bierges es hoy nuestro huésped: su hijo ha venido á buscarle, y no encuentro razon para que despues de haberle hallado, nos abandone... Seria hacer un desaire á mi pobre hospitalidad.

Enr. Pero!...

Bier. (*bajo á su hijo.*) No puedes rehusar; seria hacerte traicion.

Enr. Mil gracias, señorita, acepto...

Bier. Bravo! (*alegría de Bierges; estrecha afectuosamente la mano á la Baronesa.*)

Bar. (*aparte á Bierges.*) Sí, sí, no vengais á engatusarme ahora... Sois un hipócrita, solapado!...

Bier. Positivamente, Baronesa, ignoraba que mi hijo estuviese aquí.

Bar. No lo creo.

Bier. Os lo juro.

Mag. Venid, querida amiga; voy á conduciros al lado de mi madre... esto dará tiempo para que llegue vuestro esposo... Qué hermoso dia, no es cierto?... Qué alegría me causa vuestra presencia!... Veros á todos reunidos aquí!...

Bar. Es natural, hija mia... cuando se convida... (*con intencion.*)

Mag. Permitidme, Baronesa; yo no invité á nadie mas que á vos; una feliz casualidad me ha enviado á los demás...

Bar. Bueno, bueno; no penseis que esto me disguste... Efectivamente, vamos á pasar un dia delicioso. No venís con nosotros, de Bierges?... (*tomando el brazo de Magdalena y marchándose por la izquierda.*)

Bier. Os seguimos al momento Baronesa.

ESCENA VII.

Bierges *y* Enrique.

Bier. Has venido aquí á pesar de mis consejos! Esto me prueba que la amas aun.

Enr. No, padre mio; he querido únicamente soportar la última prueba, y ensayar mis fuerzas. Viéndome abandonado, olvidado, no recibiendo contestacion alguna á las cartas que la he escrito, empecé por encolerizarme; esto era aun amor; era la esperanza; pero pasaron dias, y una terrible melancolía se apoderó de mí; la melancolía, ese enemigo terrible que devora á sus víctimas!!... He venido hoy aquí con mis recuerdos, con mis suspiros, con mis dolores, á proporcionar el último festin á la pena que me devoraba... La crísis ha pasado, padre mio; al presente, ni sufro ni amo.

Bier. (*con alegría.*) Será verdad?...

Enr. Lo juro.

Bier. Harias mal en obstinarte contra el destino. La Princesa te dá el ejemplo. Sufre su suerte resignada; cumple con su deber, y esto me prueba, una vez más, que es una jóven llena de talento y de probidad.

Enr. Será cierto; pero bien podia haber contestado á mi correspondencia.

Bier. Hay circunstancias, hijo mio, en que el silencio es mas elocuente. Te lo repito: es una mujer que merece ser dichosa.

Enr. Esperemos que lo será.

ESCENA VIII.

Los mismos y la Baronesa.

Bar. (*á Bierges.*) Podíamos estaros esperando. Magdalena os aguarda para presentaros á su madre. Aun no habeis saludado á la Almiranta.

Bier. Es cierto; voy inmediatamente á cumplir con tan grato deber, y á pedirla mil perdones...

Bar. Os anuncio anticipadamente, un espectáculo único y magnífico. No puede esplicarse bien el genio y la influencia de esta encantadora niña; observadla bien cuando os presente.

Bier. Efectivamente, eso no es una niña: es un ser privilegiado!

Enr. Nada más bello que el cuadro que forman ese precioso ángel y esa respetable anciana.

Bar. Pues qué, lo habeis visto?

Enr. Hace un momento he tenido el honor de ser presentado á la Almiranta.

Bar. Amiguito, voy viendo que estais muy adelantado en vuestras relaciones. (*á Bierges.*) Id, amigo mio, no os detengais...

Bier. Me acompañas, Enrique? (*la Baronesa hace señas á de Bierges.*)

Enr. Como gusteis...

Bar. (*adelantándose.*) Y para qué? No ha sido ya presentado?... Id vos solo, y volved pronto. (*apenas ha desaparecido Bierges, la Baronesa se dirige á Enrique, le mira frente á frente y prorumpe en una carcajada; en seguida se sienta en el lado izquierdo.*) La aventura es chistosa; conque habeis venido aquí perdido y sin saber cómo?... Sabeis, amigo mio, que sois afortunado en vuestras distracciones?

Enr. Por qué, señora?

Bar. Porque, sin saber cómo, vinisteis á tropezar con la más bella y rica heredera de París.

Enr. Señora, si hubiese podido adivinarlo, habria suplicado á la casualidad dirigiese mis pasos muy lejos de este sitio.

Bar. Pues yo juzgo que estais predestinado. Hay casas que uno cree fabricadas de mármol ó de sillería, y por el contrario, se hallan fabricadas de piedra imán; en su consecuencia, atraen... Es inútil oponerse al destino; más pronto, ó más tarde, hubiérais tenido que venir á esta casa.

Enr. Verdaderamente, no os comprendo.

Bar. Válgame el cielo, y qué miradas me dirigís!... Sí, mi querido Enrique; hace mucho tiempo que debié-

rais haber tomado posesion de la finca... (*sonriendo.*)

Enr. Yo?

Bar. Vuestro padre no os ha dicho nunca nada?

Enr. Jamás!

Bar. Pues bien; quereis saber por qué me he reido hace un momento? Porque os estoy viendo llamar á una puerta que en otro tiempo os tenia yo abierta de par en par, y que hoy no se abrirá, seguramente, como no hagais por vos mismo méritos para ello.

Enr. Con que es decir que esa jóven... y vos habiais pensado?... No acierto á esplicarme lo que me estais diciendo...

Bar. Por perfecta que sea vuestra futura, porque al fin un dia ú otro habreis de ingresar en la cofradía, jamás, os lo aseguro, encontrareis la buena fortuna, al lado de la cual habeis pasado indiferente, y sin presumirlo siquiera...

Enr. La señorita Dampmesnil es un tesoro, lo confieso; todo lo que la rodea respira el encanto de la dicha y de la felicidad más cumplida; pero, qué quereis? No he pensado aun en esclavizarme, y creo que permaneceré soltero toda la vida.

Bar. Qué decís, desgraciado!... Y vuestro padre? No pensais en él? Pues qué, seriais egoista, tan ingrato para negarle el consuelo de una hija que le mime y le cuide en los últimos años de su vida? Seriais capaz de privarle de un par de nietos, que acaricien sus respetables canas, que jueguen sobre sus rodillas? Oh! no, vos no sereis tan mal hijo, así lo espero. (*Enrique se vuelve y vé á su padre que aparece por el fondo dando el brazo á Magdalena; y demostrando en sus facciones la satisfaccion que esperimenta.*)

Enr. Lo reflexionaré, Baronesa.

Bar. Qué sea enhorabuena!...

Enr. Si, pero ahora no; mas tarde... Tiempo tenemos para pensarlo bien.

Bar. (*aparte y como contrariada.*) Tiempo, tiempo!... Este hombre no comprenderá jamás sus intereses... No he visto una cosa igual!...

ESCENA IX.

Los mismos, Magdalena, de Bierges.

Bier. Es un dia delicioso!... Mil gracias, Baronesa, mil gracias! A vos os lo debo; me figuro que no tengo mas que veinte años!...

Bar. Si, pero, nosotros entre tanto estamos aquí solos, sin disfrutar de las delicias que os hacen, segun decis, tan dichoso.

Mag. Mucho tarda vuestro esposo, Baronesa.

Bar. Se habrá entretenido con cualquier tontuna, como de costumbre. Esperar á mi marido seria cometer una imprudencia... Siempre tiene la cabeza á pájaros.

Mag. En tal caso, si me autorizais, haré que nos sirvan el desayuno.

Bar. Cuál es mi sitio? (*dirigiéndose á la mesa.*)

Mag. Aquí. (*Indica á la Baronesa el sitio que debe ocupar en la mesa; en seguida indica á de Bierges la silla que le está destinada, al lado de ella, colocando á Enrique en frente y al lado de la Baronesa.*) Caballero!... (*todos se sientan.*) (*Los criados sirven el almuerzo: Magdalena hace los honores de la mesa; hace pasar un plato á la Baronesa, que se sirve, y al mismo tiempo ofrece otro á de Bierges.*)

Bar. Enrique, no comeis nada; esta niña os tiene olvidado, no piensa mas que en vuestro padre, todas las atenciones son para él.

Bier. Confieso que estoy sumamente reconocido á las bondades de esta señorita. Me encuentro tan bien! estoy hoy tan á mi gusto!

Bar. Pues es estraño! Quién os hubiera visto y oido cuando entramos aquí!...

Bier. (*aparte á la Baronesa.*) Baronesa!... (*Francisco y Rosa ofrecen á Enrique para que se sirva.*)

Mag. (*dirigiéndose á Enrique.*) Crema hecha por mí. Bizcochos hechos por Rosa; frutas de mi jardin; todo es de la casa.

Enr. (*rehusando.*) Dispensadme, señorita, si no hago á vuestro delicioso almuerzo todo el honor que se merece; pero me desayuné tarde, y no tengo apetito...

Bar. Tarde? Cómo puede ser eso, si segun tengo entendido, estais aquí desde esta mañana?...

Mag. (*á Enrique ofreciéndole.*) Un albaricoque, una pera...

Enr. Mil gracias!...

Mag. (*levantándose.*) Un dulce al menos!... (*con intencion.*) Estos no son de la casa.

Enr. Imposible resistiros... Tomaré esta pera.

Bier. Bien! muy bien!...

Bar. (Si, muy bien... ya me va incomodando con sus ridiculeces...) (*Se oye un campanillazo.*)

Mag. Aquí tenemos al Baron.

Bier. Gracias á Dios!...

Bar. Siempre llega tarde!... Este es otro por distinto estilo.

ESCENA X.

Los mismos, Chaudray.

(*Como se ha indicado anteriormente; este personage es muy corto de vista; entra tropezando en todas partes y para reconocer á cada uno de los personages debe aproximarse á ellos individualmente.*)

Chau. Dónde estais?... Ah! Señorita!... (*dirigiéndose á su mujer.*) Buenos dias, querida... A Dios, de Bierges!... Calle! Tambien tenemos á Enrique?... Esta es una verdadera sorpresa!... Ah! se me olvidaba lo principal; hay en esta casa algun cañon?

Mag. Un cañon?

Bar. Un cañon! Y para qué?...

Chau. Toma, para hacer salvas como en Paris!... De dónde viene el viento?... Ah! es sudoeste; no, no habeis podido oir el eco... Gran victoria, amigos mios!... Gran victoria... Pobres rusos!... (*se sienta á la mesa.*) Los hemos derrotado.

Bar. Bravo!! (*con entusiasmo.*)

Bier. Será cierto? (*con alegria.*)

Mag. (*entusiasmada.*) Ah!!... (*Magdalena va á dar una palmada, pero se detiene fijando los ojos en Enrique; este lo observa, y á su vez se levanta y dice entusiasmado.*)

Enr. Viva la Francia!

Chau. Estamos pagados, Enrique; vos nos anunciasteis la declaracion de guerra, y yo os anuncio la primera victoria.

Enr. Es cierto.

Chau. A que no os acordais qué dia fué?

Bar. Era una noche... (*interrumpiéndole.*)

Chau. Y en el último baile que dimos en casa... Pobres rusos... la noticia no les hizo mucha gracia...

Mag. (*procurando interrumpirle.*) Baron, es necesario que no os descuideis, si quereis alcanzarnos; nosotros estamos ya en los postres...

Chau. Mil gracias; señorita!... (*sirviéndose.*)

Enr. (A donde irá á parar!)

Chau. Os acordais de la desesperacion de la condesa Gorthiany? Qué mujer tan bella!...
Bier. (Qué dice?)
Bar. Jamás he visto desesperada á la condesa, ni en su vida ha sido bella!...
Chau. Enrique, por lo menos, la hallaba encantadora; sino que lo diga él mismo.
Enr. Yo?
Bier. Señorita, tened la amabilidad de servir á Chaudray una copa de Jerez...
Mag. Con mucho gusto. (*le sirve.*)
Bar. (Estoy en brasas... y este hombre no comprende...) (*coje una fuente y le sirve.*)
Chau. Ah!... mil perdones!... (*continuando.*) Ahora reconozco mi error; no era á la condesa de Gorthiany á quien Enrique encontraba escesivamente bella, no; he dicho á la condesa? Pues ha sido un *lapsus linguæ...*
Bar. Corriente; no hablemos mas de ello. (*le sirve de beber.*)
Chau. Quise decir la Prin...
Mag. Un dulce, baron? (*interrumpiéndole.*)
Bier. (*ofreciéndole una copa.*) Una copita? (*Francisco y Rosa á un tiempo, y á una seña de Magdalena, ofrecen varias cosas á Chaudray.*)
Bar. (*aparte y abanicándose.*) Este hombre me tiene atacada de los nervios!...
Chau. Pero, señores, por Dios, no se precipiten tanto; sus atenciones me abruman...
Enr. Qué suplicio!... (*aparte.*)
Bier. Uf! (*desesperado.*)
Mag. Con que la victoria ha sido magnífica? Qué entusiasmo y qué alegria reinará en todo Paris!...
Chau. Estraordinaria; el vice-versa de lo que deben esperimentar en este momento en San Petersburgo.
Mag. Si, pero aquí no hablamos de los vencidos, sino de los vencedores...
Chau. Cómo no, señorita? Justo es tambien hablar de ellos; mi pobre amigo Novratzin ha perdido un brazo...
Bar. No hay medio de hacerlo callar. (*sofocada y aparte.*)
Bier. (Increible parece que este hombre no comprenda el mal que está causando.)
Mag. (*aparte y como abatida.*) Ya no me queda nada que ofrecerle!...
Chau. Pero á bien que no tiene por qué quejarse. Cuantas veces bendecirá su herida, pues á ella debe la felicidad...
Bar. Bien, bien; le habrán dado un grado, alguna cruz, no es cierto?... Pues que sea enhorabuena!...
Chau. Qué disparate! Mucho mejor que todo eso... La dicha de toda su vida, amigos mios; la reconciliacion con su mujer!...
Bar. De veras? Y cómo lo sabeis vos? Os han trasmitido la noticia por telégrafo?...
Chau. He aquí un documento que no dejará lugar á dudas; *El Inválido Ruso,* dice así: *Yichout is Odessy; Zuaiont tchto Kuiaginia...*
Bar. Quedamos enterados!...
Chau. Y es verdad!... Pero dónde tengo yo la cabeza!.. Os estaba leyendo en ruso; dice así... «Todo el mun»do sabe que la princesa Margarita Novratzin, desde »el momento que llegó á esta ciudad, se constituyó á »la cabecera del lecho del general príncipe, nuestro »glorioso herido de Silistria. A los cariñosos y tiernos »cuidados, al amor de tan noble esposa, debe hoy el »príncipe su completo restablecimiento, y es un es»pectáculo que conmueve ver al convaleciente pa»searse todos los dias, apoyado en el brazo de su »tierna esposa, felices de verse reunidos despues de »tantos años, que una mala inteligencia los tenia se»parados.» Qué os parece? (*Durante la lectura, la situacion de todos los personajes demuestra la violencia y el descontento.*)
Bier. (Ya estará satisfecho.)
Chau. Ah!... aun hay una posdata?
Enr. (Mas aun!...)
Chau. «El general príncipe ha sido nombrado gober»nador de una provincia del Este.»
Enr. (Ahora puedo considerarme completamente libre.)
Bar. Prosperidad cumplida á nuestra amada princesa!... Bien lo merece!... No es cierto?
Mag. Yo siempre la he juzgado bien; me fué simpática desde el primer momento en que la conocí, y gozo lealmente en su felicidad.
Enr. (Y yo, que aun conservaba una esperanza!... Cuán loco, cuán necio fui!...)
Bier. (Pobre Enrique!...) (*á su hijo*) Mira que te observan...
Enr. (No temas nada; no podrán ya leer en mi frente, ni en mi corazon.)
Bar. (La noticia, sin embargo, ha producido buen efecto... Ah! se me ocurre una idea.) (*llamando.*) Bierges... Chaudray... (*Bierges y Chaudray forman un grupo hablando aparte.*)
Mag. (*aproximándose á Enrique.*) Confesad, caballero, que tengo desgracia!
Enr. Vos, señorita?
Mag. En primer lugar, deteniéndoos esta mañana con una pregunta inútil, os he hecho encontrar precisamente con las personas cuya presencia queriais evitar.
Enr. Cómo ha de ser; nadie puede escapar á su destino.
Mag. Pero sí maldecirlo; mucho mas, cuando no hace un momento he cometido la torpeza de deteneros por segunda vez.
Enr. Lejos de quejarme, vuestra invitacion me ha sido en estremo grata.
Mag. Será cierto? Sin embargo, es un dia bien desgraciado!
Enr. Para quién? Para vos?...
Mag. Admito tan lisonjera frase, como un galante cumplido, y os doy gracias; por lo demas, creo que obrais hidalga y generosamente, mostrandoos indulgente con las jóvenes que pertenecen á mi estado; esto prueba la nobleza de vuestro corazon. A mi entender, no debe juzgárselas nunca sin haberlas primero tratado y comprendido. Nuestra situacion es harto difícil en el mundo; se nos admite en sociedad, pero no se cuenta con nosotras para nada. Nos es permitido oir; dar nuestra opinion, jamás; porque una jóven, segun las prescripciones sociales, debe ignorarlo todo; y sin embargo, amigo mio, desgraciadamente todo lo vemos y lo comprendemos todo; al paso que aquellos que nos rodean, pasan indiferentes á nuestro lado sin dignarse siquiera fijar sobre nosotras su mirada. Tenemos las mas veces tanto talento, tanto corazon como esas otras mujeres á quienes se considera, se ama y se admira; pero el corazon y el talento son para nosotras como las plumas y los diamantes, cuyo uso nos está vedado.
Enr. Vuestro corazon es indudablemente un perfume que se exhala sin apercibiros vos misma; y en cuanto á talento, ese talento de observacion, ese delicado tacto, esa serenidad modesta que brilla en todas vuestras acciones, si no lo hubiese comprendido y admirado

desde esta mañana, no seria ciego, seria un ingrato.

Mag. Caballero!...

Enr. Solamente que sin pensarlo cometemos generalmente torpezas, que demuestran por lo menos la mala suerte que preside á todas nuestras acciones. Algunas veces pasamos al lado de una perla sin apercibirnos, y esto es una desgracia; pero es mayor aun, cuando despues de haberla visto, no nos es permitido recojerla.

Mag. *(tristemente.)* (Y no poder contestar como me dicta el corazon!...)

Bar. *(adelantándose y aparte á Enrique.)* (Y bien, que tenemos de nuevo?)

Enr. (Señora, que estoy muy disgustado...)

Bar. (Pues qué os ha dicho?)

Enr. (Todo cuanto puede enloquecer á un hombre.)

Bar. (Y vos, qué la habeis contestado?)

Enr. *(con disgusto.)* (Nada...)

Bar. (Nada?... Y por qué?) *(Durante estos apartes Magdalena habla con Chaudray y de Bierges.)*

Enr. Porque un hombre delicado no puede decir á una jóven tan rica, ni aun que la encuentra amable... seria una inconveniencia.

Bar. Con que, segun vos, una mujer rica no tiene el derecho de ser amada, ni menos puede decírselo?... Eso es un absurdo!

Enr. El mundo está lleno de individuos que profesan ideas menos absurdas que las mias, los cuales sabrán apreciar ese tesoro, que se permitirán decírselo, y á quienes ella misma se lo permitirá tambien.

Bar. Pero, hombre de Dios, si hace un año que ella os lo permite!... Este chico me volverá loca!...

Enr. Qué decis, Baronesa?... Segun eso, ella ha reparado en mí alguna vez?... (Oh! entonces no es la casualidad la que la hizo comprar esta posesion!... Qué debo pensar, Dios mio!...)

ESCENA XI.

Los mismos, Rosa.

Rosa. Señorita, ese hombre espera aun.

Mag. Qué hombre?...

Rosa. El correo.

Mag. Qué correo? No te entiendo.

Rosa. Uno que el señor Baron ha conducido desde Paris en su carruaje...

Chau. Y es verdad... pero confieso que lo habia olvidado.

Bar. Seria milagro...

Mag. Puedo seros útil en algo?...

Chau. No, si no es á mí, sino á Bierges á quien parece que esto interesa... Como soy tan distraido!...

Bier. A mí?...

Chau. Ese hombre fué esta mañana á buscaros á mi casa, pensando que estábais allí; ya habiais partido con mi mujer, pero como me dijo que se trataba de una cosa urgentísima, le hice montar al lado de mi cochero, y me lo traje aquí... Segun me dijo, traia mucha prisa.

Bar. Pues no hay duda que habeis cumplido bien la comision!

Bier. Qué podrá ser?...

Enr. Es preciso recibirle...

Bier. Me dais vuestra licencia, señorita?...

Mag. No estais en vuestra casa!... *(se va por la derecha.)*

Chau. Y ahora que recuerdo, sus facciones no me son desconocidas; pero como tengo esta cabeza tan desgraciada, no puedo atinar dónde le he visto otra vez. Parece un individuo del Norte, de raza slava.

Mag. (De raza slava?... Dios mio!)

Bar. Qué teneis?... Os habeis puesto pálida.

Mag. No, no es nada; un ligero vahido...

Bar. Quereis que demos un paseo por esta alameda?

Mag. *(aparte observando á Enrique.)* Se ha estremecido tambien!... No me cabe duda. *(alto.)* Con mucho gusto, baronesa; venid, quiero enseñaros mi estufa.

Chau. Vamos. *(este y Magdalena se van por el fondo.)*

Bar. (Aquí sucede algo, y Magdalena lo sabe; procuremos enterarnos tambien...) *(vase por el mismo lado.)*

ESCENA XII.

Enrique *y* **de Bierges** *que entra con una carta en la mano.*

Enr. Esa carta es para mí, no es cierto? El corazon me lo dice.

Bier. Si.

Enr. De Rúsia?

Bier. *(le entrega la carta.)* Si... Tu me dirás despues lo que ella te dice.

Enr. *(devolviendo la carta á su padre.)* No... quiero que tú la leas primero.

Bier. Gracias, hijo mio... *(abre la carta y lee.)* «Amado Enrique, desde mi partida no he dejado un »solo dia de escribiros, y estoy segura de que vos ha»breis hecho lo mismo; sin embargo, ni vuestras »cartas llegaron á mi poder, ni habreis recibido tam»poco las mias. Han sido interceptadas todas, abier»tas y leidas por el conde de Wurgen, que ejerce hace »tiempo en la frontera un cargo de importancia. Toda »nuestra correspondencia va á caer en manos de la »condesa Gorthiany, y por consecuencia precisa en po»der de mi esposo, que se apresurará á presentar al »Emperador tan terribles pruebas... La deshonra me »espera, la ruina me importa poco... Me abandona»reis en tan terrible trance?»

Enr. Oh!

Bier. *(continuando.)* «El conde de Wurgen se en»cuentra al presente en Bolonia, en la frontera de »Polonia... Sírvaos esto de aviso, y obrad en conse»cuencia...» Qué piensas hacer?

Enr. Mi deber... partiré inmediatamente.

Bier. Ir en busca de ese hombre, es arriesgar tu vida.

Enr. Estoy seguro de no arriesgar nada... Si ese hombre es caballero, comprenderá el lenguaje del honor, y todo terminará amigablemente.

Bier. No irás... no; yo no puedo permitirlo.

Enr. Quieres exijir que tu hijo abandone sin defensa á una mujer desgraciada?.. A una mujer que todo se lo ha sacrificado, y que hoy se vé en peligro? Oh!... tu no has pensado lo que dices! Imposible!...

Bier. Lo que únicamente sé es, que ya una vez he recobrado á mi hijo, y que quiero conservarlo á toda costa... Lo demas me importa poco.

Enr. Qué, no te importa nada mi honor ni mi conciencia?... Eso no puede ser!

Bier. Bien, sea; iré contigo.

Enr. Imposible!... Eso no puede ser.

Bier. Entonces no partirás.

Enr. Y es esté el modo conque pagas mi confianza? Yo he debido obrar por mí mismo sin consultarte ni decirte nada.

Bier. Oh!... no pienses, no, que te me hubieras escapado... hace mucho tiempo que te vigilo.

Enr. Pero si no quiero escaparme; si no tengo necesidad de hacerlo!... Crees, por ventura, que locamente voy á esponerme?... Se trata de una mujer que no es libre, que hoy se considera feliz con haberme olvidado. En esa misma carta tienes la prueba. No pide otra cosa que no ser turbada en la nueva felicidad de que disfruta hoy dia. Yo me dirijo á Polonia, y ella está en Crimea; ya ves que no podemos encontrarnos.

Bier. Y si fuese un lazo; si se tratase de interesarte con desdichas imaginarias, para especular con tu generosidad?...

Enr. Entonces, es inútil que discutamos por mas tiempo; dí de una vez que la princesa me espera, que este es un complot que ambos hemos fraguado para esplotar tu credulidad; dí, en fin, que soy un hijo infame; que aborrezco á mi padre, y que solo deseo verlo morir!...

Bier. Tu?... Oh! no... pero qué has hecho hace mucho tiempo, Enrique, para probarme tu cariño?... Qué sacrificios te he merecido?... En tu sed egoista de independencia, no me has condenado á vivir solo, temblando de perder á cada instante el único apoyo de mis contados dias?... No me has rehusado con harta crueldad, el consuelo de una nueva familia, y de las caricias de tus hijos?... Pues si todo esto es cierto... podrás negarme el derecho de quejarme?...

Enr. Sí, sí, todo es cierto; te debo una familia, una nueva generacion, rica de respeto y de amor, y no soy yo cier amente el que te privará de ella. Veamos, tratemos de buscar juntos esa legítima esperanza de tu vida, esa flor vivificadora de tu ancianidad, ese segundo hijo por el cual suspiras... Una mujer, sí, pero que te ame mucho y que te asegure mi porvenir!... Habremos de ir muy lejos para encontrar ese sér privilegiado?... Creo que no. Hace un momento, aquí mismo, he leido en tus miradas cuál es la favorita de tu corazon, ese tesoro, ese ángel cuya sola presencia te rejuvenece... Te he comprendido, padre mio?

Bier. (*con alegria.*) Magdalena!!.. Oh! Enrique! Enrique!...

Enr. Dime que es la persona que habias soñado para tu hijo y la acepto...

Bier. (*dudando.*) Si fuera verdad!...

Enr. Estoy dispuesto á probártelo.

Bier. Ah!... tu me propones esa niña porque sabes que no aceptará tus proposiciones; ha jurado permanecer soltera toda la vida.

Enr. Lo veremos... Serás dichoso á pesar tuyo.

ESCENA XIII.

Los mismos, la Baronesa, Magdalena; *despues* Chaudray, la Almiranta *y sus doncellas*, Rosa, *etc.*

Enr. (*á la baronesa.*) Venid, venid, amiga mia; mi padre desea deciros alguna cosa... y...

Bar. A mí? Veamos... (*Magdalena hace un movimiento como para retirarse.*)

Enr. Ah!... Señorita... no nos abandoneis; precisamente delante de vos; y á vos, es á quien mi padre quiere hablar.

Mag. A mí?

Enr. (*á su padre.*) Vamos, qué te detiene...

Bier. (*turbado por la emocion.*) Imposible!... Apenas puedo pronunciar una palabra...

Mag. Pero qué sucede?...

Enr. Mi padre está conmovido, lo cual nada tiene de estraño, porque os ama tiernamente... Conoce los sentimientos que habeis inspirado á mi corazon, y desea suplicaros me concedais el título de esposo vuestro, y á él, el de amante y cariñoso padre...

Mag. (*vacilando y como próxima á desfallecer de alegria.*) Ah!

Bar. (*con satisfaccion marcada.*) Gracias á Dios!!...

Chau. (*estupefacto.*) Magnífico!...

Bar. (*sosteniendo á Magdalena.*) Qué quiere decir esto, hija mia? Vamos... valor...

Bier. Yo tiemblo!

Mag. (*haciendo un supremo esfuerzo.*) Es cierto, caballero, lo que acaba de decirme vuestro hijo?

Bier. Oh! sí, sí, y el sueño mas delicioso de mi existencia. (*La almiranta vuelve á aparecer de regreso de su paseo, dirigiéndose á la casa, seguida de sus doncellas y el lacayo. Magdalena sale á su encuentro, la conduce en medio del cuadro que forman los actores, y con voz conmovida la dice, colocando su mano sobre la espalda de la anciana.*)

Mag. Mi adorada madre, el señor de Bierges nos hace el honor de pedir mi mano para su hijo Enrique. Dice que me ama mucho, y que á su lado seré completamente dichosa... Consientes en esta union?

Almi. Si, hija mia!! (*Parece en un principio que apenas puede comprender, pero reanimándose poco á poco dice con una ternura solemne, mirando á Enrique «Sí, hija mia!!» Bierges y Enrique la besan la mano; en seguida Bierges estrecha en sus brazos á Magdalena, y enjuga las lágrimas que brotan á pesar suyo de sus ojos.*)

Bier. (*abrazándola.*) Hija mia!

Bar. Qué disparate... pues no estoy llorando yo tambien!...

Chau. Pero señores, cómo se ha arreglado todo esto, tan de repente, y sin apercibirme yo de ello?...

Enr. (*á su padre.*) Dudarás ahora? Estás seguro de qué volveré?

Bier. Estoy tranquilo, y soy dichoso.

Enr. Cuando partiré?

Bier. Esta misma noche.

Mag. (*Se acerca y estrecha la mano á Enrique con inefable alegria.*) Me amais de veras, Enrique?

Enr. Os lo juro!...

Mag. (*señalando al cielo.*) Mirad, veis ese azul, ese espacio infinito, sin una nube, sin una sombra; ese es mi corazon. Escribid ahora en él todo lo que gusteis.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

—

Interior de una *izba* en la frontera de Polonia. Gran chimenea á la derecha y en primer término: en segundo una puerta, y en el fondo escalera de madera con barandilla, que conduce á la alcoba de Enrique. A la izquierda puerta de entrada: mesa de pino pintada de negro y sillas de madera.

ESCENA PRIMERA.

Enrique, *leyendo una carta que acaba de escribir.*

«Sí, mi querido padre; despues de seis dias de viaje, »héme instalado en una mala posada, que aquí llaman »izba ó palacio, y que mi guia arrendó para mí, á po- »cos pasos del campo de observacion mandado por el

»conde de Wurgen. Acabo de enviarle mi tarjeta, su»plicándole una audiencia. Me lisonjeo que esta termi»nará tranquila y amigablemente, y que podré regresar »al instante á recobrar el tesoro que me guardais. Ese »tesoro, preciso es confesarlo, antes de mi partida no »lo apreciaba aun en todo lo que vale; pero el tiempo y »la distancia le han restituido á mis ojos todo su valor. »Durante el camino, la dulce imágen de Magdalena no »me abandonó un solo instante, y gracias á ella puedo »decirte que hice un viaje delicioso. Partí de ese punto »decidido á amar á mi prometida, y he llegado á la »frontera amándola verdaderamente, con idolatría, con »ese amor profundo con que debe amarse á la insepara»ble compañera de nuestras miserias y de nuestras ale»grías. Puedes decirla en mi nombre, que jamás la vida »me ha sido tan preciosa, y que solo ansío vivir por »ella y para ella...»

ESCENA II.

Enrique, Wurgen; *el guia introduce á Wurgen, y sale.*

Wur. (*al guia.*) Es aquí?

Enr. (*interrumpiendo su lectura y adelantándose.*) Es el señor de Wurgen.

Wur. (*leyendo la tarjeta.*) Y vos, el señor Enrique de Bierges?

Enr. Servidor vuestro, caballero; pero siento en el alma que os hayais molestado viniendo hasta aquí. Dentro de una hora hubiera yo ido personalmente á ofreceros mis respetos.

Wur. Caballero, un parisiense que en las presentes circunstancias nos honra visitando nuestros áridos desiertos, tiene derecho á todas las consideraciones imaginables. Desgraciadamente, aquí faltan recursos para probaros mi buena voluntad.

Enr. (*ofreciéndole una silla.*) Os suplico que me hagais el obsequio de sentaros. (*se sienta.*) Sin duda alguna os parecerá estraño, caballero, ver aquí una fisonomía conocida.

Wur. Me conoceis?

Enr. Ciertamente, y vos tambien á mí; interrogad bien vuestra memoria.

Wur. Procuro en vano...

Enr. La última vez nos vimos en París, en casa de nuestro comun amigo el Baron Chaudray, miembro del Instituto.

Wur. No lo recuerdo.

Enr. (Miente; me ha conocido...)

Wur. Y por qué, caballero, puesto que tenia ya la dicha de ser conocido de vos, no me hicísteis la honra de parar en mi casa, en vez de alojaros aqui...? Aunque al presente estoy acampado, disfruto de algunas comodidades, y puedo disponer de dos mil hombres, que ofrezco á vuestra disposicion.

Enr. Os doy mil gracias, conde; pero como mi permanencia en la frontera debe ser de muy breves horas, no he debido ni querido molestaros.

Wur. Al menos, hacedme el obsequio de acompañarme hoy á almorzar.

Enr. Aceptaré con mucho gusto cuanto os digneis ofrecerme, pero despues que me hayais concedido unos breves minutos de audiencia.

Wur. Ahora y siempre estoy á vuestras órdenes.

Enr. Se trata de un negocio á la vez el mas delicado y el mas sencillo del mundo. Por espacio de dos meses he escrito varias cartas á una señora de Odessa; á su vez esta señora me ha escrito tambien, y hoy sé que toda nuestra correspondencia ha venido á caer en vuestro poder. Como el uso que llegára á hacerse de semejantes documentos, pudiera comprometer gravemente á la referida señora, desearia tuviéseis la bondad de tranquilizarme sobre este punto.

Wur. No comprendo... Tendríais la bondad de precisar mas vuestras indicaciones?...

Enr. Con mucho gusto. Se trata de la señora Princesa de Novratzin, á quien creo que conoceis hace tiempo...

Wur. Perfectamente.

Enr. Pues bien, caballero; encargado vos de la vigilancia en la frontera, fueron interceptadas mis cartas y las de la Princesa, viniendo á parar á vuestro poder. El hecho es grave en sus consecuencias, por lo que, y firmemente convencido de que sois un hombre de honor, he venido á buscaros, resuelto á exigir á vuestra caballerosidad una esplicacion franca y leal.

Wur. Ignoro absolutamente de lo que querais hablarme.

Enr. (Contengámonos.) (*á Wurgen.*) Vuestra respuesta es oficial y diplomática, lo comprendo; pero sabeis perfectamente lo que quiero decir, y comprendereis, en consecuencia, mis legítimos temores, tratándose de la reputacion de una persona digna de todos los respetos y sacrificios. Esas cartas, señor conde, qué se ha hecho de ellas?

Wur. Lo ignoro.

Enr. (*conteniéndose.*) Supongo que no será esa vuestra última palabra?

Wur. Sin embargo, nada mas puedo deciros.

Enr. Interrogad un poco vuestra conciencia, os lo suplico, y ella os responderá; por lo demás, debo advertiros, que al propio tiempo que traigo conmigo una provision inmensa de conciliacion y buenos deseos, me acompaña tambien la resolucion irrevocable de no regresar á mi pais, sin una satisfaccion cumplida.

Wur. Me amenazais?...

Enr. (*conteniéndose.*) Oh! no, caballero, de ningun modo; pero sabeis ya la mitad de mi secreto, la otra mitad pertenece á una mujer á quien quiero salvar de la desgracia que hoy la amenaza. Juradme que la Princesa no corre ningun peligro; decidme á dónde han ido á parar esas cartas; hacedme este servicio, para mi tranquilidad, tan importante como la vida, y no os molestaré mas. Vuestra palabra de caballero me basta.

Wur. (*levantándose.*) Verdaderamente me poneis en grave compromiso!

Enr. Os lo suplico!...

Wur. Sin duda alguna, lo que me pedís no es otra cosa sino que, haciendo traicion á mis deberes, viole al propio tiempo el sagrado de una consigna? Deberia, por lo tanto, persistir en mi silencio; pero vuestra valerosa abnegacion, y sobre todo, vuestra atenta cortesanía, merecen algun sacrificio de mi parte; olvidaré, pues, por un momento, y en obsequio vuestro, consigna y deberes...

Enr. Mil gracias, caballero.

Wur. Colocado, efectivamente, en este punto de la frontera para vigilar é interceptar ciertas correspondencias secretas entre la Francia y la Rusia, recibí órden de enviarlo todo á San Petersburgo. Al obedecer semejante órden, las cartas de que me hablais, fueron remitidas por mí, como otras muchas, al Emperador difunto.

Enr. (Dios mio! Lo que la pobre Margarita temia tanto!...) Conque, segun decís, caballero, las referidas cartas no se hallan en vuestro poder? Me autorizais para asegurárselo así á la Princesa?

Wur. Creo haber tenido ya el honor de contestaros.

Enr. (Una palabra mas y provocaríamos una querella.) (*Un oficial ruso entra por la puerta izquierda y habla dos palabras á Wurgen.*)

Wur. (*á Enrique.*) Me anuncian la llegada de un correo estraordinario. Me permitís que dé algunas órdenes?

Enr. Cómo no? Estais en vuestra casa. (*Wurgen habla aparte al oficial.*) Si ha dicho efectivamente verdad, qué hacer?... Si miente, cómo probárselo?... De todos modos, Margarita no afirma, no hace mas que suponer. (*vase el oficial.*)

Wur. Me dicen, caballero, que el correo me trae un despacho de la córte; voy al fin á saber si se me destina á Crimea... Toda mi gloria, todo mi porvenir se cifra en este gran favor, que el Czar no concede sino á sus amigos.

Enr. En tal caso, os doy anticipamente mi enhorabuena.

Wur. Comprendereis mi natural impaciencia, y os suplico me concedais vuestro permiso para retirarme.

Enr. Señor conde, vuestra mano; tranquilizad mi conciencia... una palabra de amigo, nada mas; exijo de vos.

Wur. Caballero, despues de lo que acabo de hacer en obsequio vuestro, la sola duda seria una injuria.

Enr. Es verdad... no insisto, pues...

Wur. Si parto mañana para Crimea, mis oficiales quieren ofrecerme hoy un convite de despedida; me concederíais el favor de asistir á él?

Enr. Mil gracias, conde; no puedo aceptar.

Wur. Qué vais á haceros aquí solo, todo el dia?...

Enr. Preparar mi partida...

Wur. Verdaderamente este pueblo no puede ofreceros ningun atractivo.

Enr. Lo que sí os suplico encarecidamente, es que se abrevien las formalidades para poder ponerme en camino lo mas pronto posible. Dónde deberé pedir mi pasaporte?

Wur. Os le traeré yo mismo, y de este modo tendré el placer de despediros; hasta luego. (*Wurgen se vá por la puerta izquierda.*)

Enr. Hasta luego, señor conde. Será este hombre un bribon?... Dirá verdad?... De todos modos, escudado con su consigna, la venganza tramada entre él y su indigna hermana, ha podido llevarse á cabo bajo las apariencias del deber... Qué hacer, Dios mio! Qué hacer?... A pesar de todo, me resta una esperanza; el Emperador ha muerto, y su sucesor, ocupado en mas altas consideraciones, no habrá dado importancia alguna á un negocio puramente doméstico, ni habrá instruido de nada al esposo de Margarita... De cualquier modo, qué puedo hacer ya? Si me batiese con Wurgen, el mal siempre seria el mismo. En fin, en lo que á mí corresponde, he cumplido con los deberes de caballero... Acabemos ahora de tranquilizar á mi padre. (*escribe.*) «Son las diez, y todo ha terminado, si no á satisfaccion mia, al menos de una manera tranquila. Me preparo para regresar á tu lado, y esta carta me precederá dos dias, todo lo mas.» (*firma y cierra la carta. El Guia aparece en el dintel de la puerta izquierda.*) El correo no parte hasta esta noche, no es esto? (*El Guia inclina la cabeza en señal de asentimiento.*) Está bien... voy á acabar mis preparativos, y procurar dormir una hora. Si alguien viniese preguntando por mí, sube á avisarme. (*cierra su escritorio de viaje, sube la escalera y se cierra en su habitacion. El Guia arregla diversos objetos esparcidos sobre los muebles, entre ellos la maleta y el necesér de viaje.*)

ESCENA III.

El Guia, Margarita, Zenko. *Este entra el primero, despues Margarita que viene á colocarse en un rincon de la chimenea, envuelta en un abrigo de pieles.*

Zenko. (*al Guia.*) Vé á avisar al señor.

ESCENA IV.

Los mismos y Enrique. *El Guia llama á la puerta de Enrique; este aparece en lo alto de la escalera, y á una indicacion de aquel, mira y reconoce á Margarita y á Zenko.*

Enr. Zenko!... Margarita!... (*la Princesa, despues de hablar algunas palabras á Zenko, le dá un bolsillo que este recibe y se retira.*) Muy bien! Todo esto me prueba que el plan estaba combinado de antemano; mi padre tenia mucha razon. Esto no es mas que un lazo. (*Enrique desciende lentamente la escalera; se aproxima á Margarita y la dice friamente:*) Vos aquí, Princesa!...

Marg. Ah! Buenos dias, Enrique. Sin duda os sorprendereis de verme en este sitio. No es cierto?

Enr. Lo confieso...

Marg. Temia vuestras esplicaciones con el conde de Wurgen; he querido llegar á tiempo, y creo que he conseguido mi objeto. Supongo que no habreis aun exigido nada del conde. Al presente, ya no hay tampoco necesidad. (*Margarita se quita la pelliza y aparece vestida de luto. Enrique se estremece á su aspecto y retrocede algunos pasos.*)

Enr. (*sorprendido.*) Ah!

Marg. Sí, amigo mio. El Príncipe Novratzin ha muerto.

Enr. Viuda!!... (*silencio prolongado: Zenko aparece en el dintel de la puerta y junta las manos en actitud de súplica. Margarita, con un ademan imperioso, le ordena que se retire; Zenko obedece, al parecer consternado.*)

Enr. (*que ha visto con sorpresa toda esta escena muda.*) Estais temblando, Princesa!...

Marg. De frio tal vez... (*Enrique se baja precipitadamente para reanimar el fuego.*) Fuego para calentar mi corazon!!... (*con sonrisa amarga.*)

Enr. (*obligándola á sentarse.*) Tenia entendido que el Príncipe se hallaba restablecido de su herida.

Marg. De su herida, sí...

Enr. Pues entonces, qué ha podido ocurrir despues?

Marg. Nada que os deba alarmar; podeis tranquilizaros, Enrique.

Enr. Sabeis ya que vuestras cartas y las mias fueron enviadas al Emperador?

Marg. Lo habeis creido así?...

Enr. (*sonrisa de Margarita.*) El conde acaba de decírmelo. Me habrá mentido?

Marg. Sí... Hace ocho dias, á las diez de la noche, el Príncipe, que no habia abandonado el lecho hacia una semana, entró en mi cuarto, débil y pálido como un espectro. Corrí á su encuentro, pero me rechazó mostrándome en su mano una carta abierta; era la última que me habiais dirigido, Enrique.

Enr. Dios mio!

Marg. A las primeras frases que intenté pronunciar para defenderme, mi marido me interrumpió con una sonrisa de desprecio, enseñándome otra carta;

cuatro páginas escritas por mí á vos. Si como justo castigo, hubiese querido leerme una sola línea, habria caido muerta á sus piés. (*Enrique se oculta el rostro entre las manos.*) Despues de dejarme anonadada, se retiró á sus habitaciones, apoyándose trabajosamente en las paredes, con la única mano que le restaba. Le escuché cerrar la puerta de su alcoba con llave, y en este estado, que vos comprendereis perfectamente, permanecí arrodillada la mayor parte de la noche, sorda á los mil ruidos siniestros que me parecia zumbaban alrededor mio. Por mi ventana abierta penetraba el agua de una tempestad furiosa que se habia desencadenado aquella noche, y mi corazon, partido en mil pedazos, trasmitia lágrimas bien amargas á mis irritados párpados. Al fin mis doncellas entraron en mi cuarto, despavoridas de terror y de espanto. El Príncipe acababa de espirar entre los brazos del comandante de la plaza, y de otra persona cuyo nombre no me quisieron decir, pero que yo adiviné, como vos lo habreis adivinado sin duda. Habia muerto, Enrique, sin concederme su perdon, sin preguntarse á sí mismo si tenia necesidad del mio!... Habia muerto, en fin; y en vez de escuchar en sus últimos instantes la voz cristiana que consuela y recomienda el perdon, solo escuchó dos voces acusadoras, ansiosas de mezclar una maldicion terrible á su último suspiro.

Enr. Entonces... Wurgen me ha mentido!...

Marg. El Príncipe ordenó en su testamento, que se llevasen mis cartas y las de mi amante al Emperador, para que se encargase de castigar mi crimen, y el ejecutor testamentario era la condesa Gorthiani! Oh! Dios nos juzga, y si me anonada hoy tan terriblemente con su justicia divina, espero que no olvide á esa mujer, y que en su dia la herirá como se merece.

Enr. (*con furor sombrío.*) Oh! Yo os lo prometo.

Marg. Como es natural, llegué á ser objeto de la execracion de todos aquellos que me habian adorado y respetado la víspera; podia llegar de un momento á otro alguna órden terrible del Czar, y desafiando mil peligros, salí furtivamente de aquella ciudad maldita. Habia conservado felizmente un resto de razon para recordar el servicio que habia reclamado á vuestra caballerosidad, y del peligro á que os esponia con él... Mi corazon se estremeció al pensar que podia envolveros en mi desgracia. Mi voluntad se sobrepuso á todo, y héme aquí. Afortunadamente no sufrirás nada por mi causa. (*Margarita vuelve á apoyarse en la chimenea, pero sin dejar de contemplar á Enrique.*)

Enr. (*consternado.*) Oh! esto es horrible. Yo debo tomar venganza. Conozco que el vértigo se apodera de todo mi ser, y ante mis ojos contemplo únicamente un abismo sin fondo.

Marg. (*reprimiendo un movimiento de dolorosa impaciencia.*) Cualquiera diria, al veros tan abatido, que hemos llegado al último estremo, Enrique. Por el contrario, me encuentro casi en salvo, puesto que he llegado felizmente á la frontera. Además, qué me falta?... Nada. En mi carruaje traigo conmigo los despojos de mi fortuna, mas que suficientes para proporcionarme una existencia tranquila, dichosa. Me fijaré en alguna provincia de Francia ó de Bélgica; (*movimiento de Enrique.*) tal vez sea mejor para mí y para todo el mundo... Las ideas religiosas son el antídoto de los remordimientos. Pasaré el resto de mi vida orando y ejercitándome en obras de caridad. Qué puedo apetecer mas? Ahora solo se trata de pasar la frontera, antes de que sea reconocida y apresada.

Enr. Es necesario buscar pronto un medio, pero que sea seguro.

Marg. Todo depende del señor Conde de Wurgen.

Enr. Respondo de que os permitirá pasar.

Marg. Sí, pero es preciso que no seais vos quien arregle este negocio. Yo me encargo de todo. Lo que al presente es necesario, es que nos separemos; no podemos permanecer juntos por mas tiempo; además, segun veo, os preparábais á partir. Si, Enrique, separémonos. Yo obraré en todo sin comprometeros; volved á Francia, á donde os acompañarán mis bendiciones. Adios... Adios.

Enr. (*deteniéndola.*) Dónde vais?

Marg. A esperar el salvo-conducto que me hace falta.

Enr. Pero á dónde?

Marg. En mi carruaje... No os ocupeis de mí; os lo suplico.

Enr. Oh! No, Margarita; no puedo permitiros salir de esta casa; necesitais, en primer lugar, reposo y descanso; vuestra resistencia seria inútil. Os prohibo dar un paso, ni decir una palabra. (*señalando una puerta de la derecha.*) Aquí teneis una habitacion preparada, donde podreis descansar; voy á llamar á Zenko para que conduzca á ella cuanto os sea necesar o.

Marg. Zenko ya no está aquí; ha debido marchar con los caballos de posta que nos han conducido hasta la última parada.

Enr. Y por qué privaros de los servicios de tan fiel criado?

Marg. Y para qué lo necesitaba?... Al presente, me es inútil.

Enr. Vuestras manos están heladas, Margarita; obedecedme, os lo suplico. Entrad en esta habitacion, y procurad reponeros algun tanto de las fatigas de tan penoso viaje. Yo permaneceré aquí, guardando vuestra puerta.

Marg. No quiero disgustaros, y obedezco. Gracias, Enrique, gracias!... (*entra.*)

ESCENA V.

Enrique, *solo.*

Tanta calma y resignacion no son naturales! No abandonaré este sitio, y velaré por ella. Al presente, no tiene mas que un peligro que correr, y un enemigo que vencer; cualquiera que sea la suerte que el cielo le destine, yo no la dejaré un instante hasta verla en seguridad.

ESCENA VI.

Enrique y **Zenko.**

Zenko. (*entreabriendo la puerta y deslizándose con precaucion.*) Señor!...

Enr. (*sorprendido.*) Zenko!

Zenko. Y la Princesa?

Enr. (*señalando la puerta.*) Allí... He conseguido convencerla, y creo que descansa.

Zenko. (*arrodillándose delante de él.*) Señor...

Enr. Qué quiere decir esto?

Zenko. Cuando estábamos en Francia, te ofendí alguna vez?... No estabas contento de mí? Te he disgustado en algo?...

Enr. En nada, Zenko. Pero no comprendo...

Zenko. Entonces... por qué la permites que me despida?

Enr. Y por qué te ha despedido?

ZENKO. Porque dice que en lo sucesivo no puede mantenerme.
ENR. Que no puede mantenerte?...
ZENKO. Yo, en parte, conozco que no puedo quejarme, porque efectivamente es pobre.
ENR. Pobre Margarita?
ZENKO. Creí que lo sabias. El Príncipe la ha desheredado.
ENR. Pero... Y sus bienes?
ZENKO. Han sido confiscados todos.
ENR. Pero el resto de su fortuna que ha podido salvar, y que trae consigo, será mas que suficiente...
ZENKO. Y dónde está esa fortuna?
ENR. En su carruaje...
ZENKO. Veo que te ha engañado. Hemos venido en una silla de posta alquilada, manteniéndonos por el camino con el dinero de mis economías.
ENR. Pero... y sus diamantes, sus joyas?...
ZENKO. Tomar ella nada de una casa de la que sale espulsada! Oh! tú no la conoces bien; tiene para eso demasiado orgullo!
ENR. Tienes razon, Zenko, tienes razon!...
ZENKO. Por lo demas, tenia necesidad de conservar nada, puesto que venia á encontrarte? No es bastante rica con tu amor, y cuando va á ser tu mujer?
ENR. Oh!...
ZENKO. *(volviendo á arrodillarse.)* He nacido en su casa; jamás la abandonaré un instante, y si dejáre de verla, creo que la pena me mataria. Consérvame á tu lado y al suyo, y prometo servirte bien y bendecir tu nombre todos los dias de mi vida.
ENR. *(conmovido.)* Si, si, tranquilízate; no te separarás de su lado. Te lo prometo. Pero ahora vete; déjame solo... *(Zenko le besa ardientemente las manos y sale. Enrique enjuga sus lágrimas con el pañuelo y cae aplomado sobre una silla. De pronto y como herido por un recuerdo, se levanta y corre al cuarto donde está Margarita y observa por la cerradura.)* Ah! ahora lo comprendo... tal vez ha cruzado por su pensamiento la idea del suicidio... No, la veo arrodillada y la oigo sollozar... Respiro. Esa mujer está ahí; esa mujer, adorada hace poco, cuya sola aproximacion trastornaba todos mis sentidos, ante cuyas plantas he caido mil veces repitiendo en el delirio de mis amorosos sueños: «por qué no eres libre, Margarita? Tú á quien Dios habia formado para mí!» Y hoy, héla aquí, arruinada, deshonrada, proscripta por mi causa!... Oh! esto es horrible!... Y dentro de pocos meses esa misma Margarita habrá de verme triunfante en los brazos de una mujer amada, brillante de riqueza y de hermosura, en tanto que ella muere tal vez de miseria y desesperacion! Y este último sacrificio consumado, muerta esa pobre mujer, que seré yo á los ojos del mundo? A los de mi conciencia? Un vil espoliador, un asesino infame!... Oh! si; ese esclavo me habia juzgado mejor... Padre mio! Magdalena! Perdon!... Si yo fuese pobre, si me viese humillado y perseguido, y Margarita rica, dichosa y considerada, me abandonaria en mi desgracia?.. No.. Estoy seguro... Comprendo cual es mi deber y lo que mi conciencia me ordena. *(Saca lentamente de su bolsillo la carta escrita para su padre y la arroja á la chimenea. Momentos de silencio, durante los cuales tiene fija su mirada en los restos de la carta que devora el fuego.)* Oh! esta Gorthiany... ese Wurgen!... Ellos se rien en este momento de mí, de mí, á quien consideran su víctima. Cómo podria vengarme de ellos?...

ESCENA VII.

ENRIQUE, WURGEN.

WUR. Y bien, caballero? Como os anuncié hace poco, he recibido muy buenas noticias. Parto decididamente para la Crimea.
ENR. Estais seguro, conde?...
WUR. Hoy mismo. Aquí está vuestro pasaporte, y si teneis necesidad de caballos, puedo proporcionároslos al momento.
ENR. Mil gracias. A mi vez tengo tambien alguna noticia que daros... la princesa Novratzin acaba de llegar.
WUR. Lo sabia...
ENR. Y sabeis en qué situacion?
WUR. Mi correo me ha dado conocimiento de todo.
ENR. La princesa necesita un pasaporte como el mio. Me comprendeis?
WUR. Pues... y el suyo?
ENR. Naturalmente no lo tendrá, cuando yo me encargo de pedíroslo. Parece que dudais?
WUR. *(grave y frio.)* Es posible!
ENR. Caballero, cuando se ha hecho traicion de una manera tan cobarde á una infeliz mujer, cuando se la ha deshonrado y despojado de todo cuanto tenia, si no es uno un verdugo, se la deja al menos la vida.
WUR. Nada de provocaciones, caballero, porque os anuncio anticipadamente, que serán inútiles, y no conseguirán alterarme. He comprendido desde esta mañana hasta la mas pequeña de vuestras intenciones. Pero os advierto que no soy hombre que vaya á retardar mi partida ni comprometer mis charreteras de general, batiéndome por semejante simpleza. Los duelos están prohibidos aquí.
ENR. Y yo, á mi vez, os aseguro que estoy decidido á que me pagueis cumplidamente todas vuestras mentiras, y la traicion de vuestra odiosa hermana. Ni partireis ahora, ni luego, os lo prevengo.
WUR. Sabeis lo que estoy pensando? Que acabareis por obligarme á llamar y haceros conducir al fuerte.
ENR. Y yo tengo una idea mucho mejor. *(sacando un revolver.)* Si no me firmais inmediatamente el salvo-conducto que necesito, os salto la tapa de los sesos.
WUR. *(tranquilo y siempre frio.)* Cometeriais indudablemente una torpeza. Al ruido de la detonacion, mi gente penetraria hasta aquí y seriais ahorcado sin remedio.
ENR. Es todo lo que deseo, pero al menos la princesa se salvará.
WUR. Nunca. Sois un insensato. Entre mis despachos hallarán siempre la órden que me ha sido trasmitida esta mañana, para prenderla y conducirla á Petersburgo, donde deberá ser juzgada.
ENR. *(espantado.)* Ah! caballero!... *(Margarita aparece.)* Ni una palabra delante de ella.

ESCENA VIII.

Los mismos, MARGARITA.

MAR. Y es así como me cumplis vuestra palabra, Enrique? Qué sucede aquí?
WUR. Nada, señora! Este caballero me suplicaba un salvo-conducto para vos, y yo le contestaba que habiendo previsto lo que podia ocurrir, traia espontáneamente preparada la órden que necesitais. *(saca un pliego del bolsillo y lo da á Margarita.)* Hela aquí.
ENR. *(vivamente á Margarita.)* Leed...
MAR. *(despues de haber leido.)* Mil gracias, caballero.

Wur. Ahora solo me resta aconsejaros una cosa, y es, que partais lo mas pronto posible. Dentro de una hora entregaré el mando de la línea á otra persona, y seria muy conveniente que vos no estuvieseis ya aquí.

Enr. (*bajo á Wurgen.*) Habeis obrado al presente como un hombre de honor; lo que acabais de hacer me prueba que teneis corazon; por qué, pues, no probármelo en todo?... Me falta una satisfaccion que me debeis por haberme mentido; vuelvo á exijirla.

Wur. (*siempre frio y encojiéndose de hombros.*) Sea, pero no en mi territorio; pasad la frontera, y ya os indicaré el sitio donde debemos encontrarnos mañana.

Enr. (*tendiendole la mano.*) Vuestra palabra?

Wur. Mi palabra de honor!... En cuanto á vos, señora, creed una vez mas en la consideracion y respeto que me mereceis. (*saludo ceremonioso y vase.*)

ESCENA IX.

Margarita, Enrique.

Enr. Ahora, Margarita, no hay tiempo que perder... Es preciso partir inmediatamente...

Mar. Y vos?

Enr. (*turbado.*) Yo... debo quedarme aquí algunas horas, pero en seguida iré á reunirme con vos.

Mar. Para batiros, no es cierto?.. Oh! no, no lo negueis, seria inútil... Tan desgraciado sois, que anhelais la muerte?...

Enr. Oh!... le mataré... os lo juro!...

Mar. No es á ese hombre, Enrique, al que es preciso matar, sino á mí; me estais haciendo sufrir demasiado... y ya las fuerzas me abandonan. (*Enrique contempla algunos momentos á esta mujer, que presa de un dolor profundo, rompe en sollozos y se cubre el rostro con ambas manos. Enrique, despues de exhalar un suspiro, hace un esfuerzo como para cobrar aliento, é impulsado por una resolucion suprema se adelanta y coje entre las suyas las manos de Margarita.*)

Enr. Vos no me amais ya, lo conozco... Me habeis tendido siquiera una mano amiga al llegar aquí? Os he merecido ni una palabra cariñosa?...

Mar. Oh!... Dios mio! Dios mio!

Enr. En la preocupacion natural de vuestros infortunios, en esos frios proyectos de destierros de que me habeis hablado, mezclasteis, ni por casualidad siquiera, un solo recuerdo del pasado, una sola palabra de esperanza para el porvenir?... Confesadlo francamente, Margarita; vuestro cariño hácia mí ha muerto para siempre...

Mar. (*llorando.*) Ingrato! Cuando únicamente ansiaba una sonrisa de sus labios para olvidar todos mis infortunios!...

Enr. Entonces, Margarita, no me habeis comprendido ni sabido apreciar mi delicadeza... Podia yo hablar de amor á la mujer que por primera vez se me presenta cubierta de luto? Podia significar toda la ternura de mi corazon, á quien solo me habla de ruina, de muerte y de un eterno destierro? Por grande, por profundo que sea el amor de un hombre, no se humilla jamás á mendigar un sentimiento dudoso... Me creí olvidado; sufria y esperaba.

Mar. (*impetuosamente.*) Vuestros ojos nada me han dicho hasta ahora; esos ojos en los cuales he sabido leer tantas veces!... Si así hubiera sido, mis brazos se hubieran abierto para estrecharos en ellos; hubiera caido á vuestros pies, loca, frenética de entusiasmo y felicidad.

Enr. Será cierto?... Oh! Margarita!... Te amo, te amo!

Mar. (*temblando de alegria y de esperanza.*) Enrique, piensa bien lo que dices!...

Enr. Te amo, y te amaré toda mi vida.

Mar. La esperanza de tan suprema felicidad me mataria seguramente mas pronto que el dolor que hoy me devora. Piénsalo bien; reflexiona que al presente no soy mas que una pobre mujer abandonada, deshonrada, perdida...

Enr. Desde hoy tienes un nombre que puedes llevar con orgullo, y que te hará respetar en la sociedad. Eres mi esposa...

Mar. (*arrojándose en sus brazos frenética de alegria.*) Oh! Gracias, Enrique, gracias!

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

Albergo della corona, á orillas del lago de *Como*. Salon ó gabinete circular, con tres grandes arcadas en el fondo, que comunican con el terrado ó azotea de la referida hospederia. Las aguas del lago bañan el pié de la referida azotea. A la derecha, partiendo de la misma, se descubre la escalera de piedra que desciende á los jardines de la Princesa. A la derecha, en el salon, puerta principal de la hospederia. Al fondo espléndido panorama del lago y de las montañas de Italia, en las cercanias de Milan, que va iluminándose poco á poco con la serena luz de una luna de estio. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

Enrique y Zenko.

(*Al levantarse el telon Enrique aparece echado de brazos sobre la barandilla de la terraza, mirando fijamente al lago. A lo lejos se oye el ruido de una voz y de algunos instrumentos que entonan una barquerola, pero de forma que permita oirse á los actores. Zenko sube las gradas de la terraza con un brazado de flores; mira por algunos momentos á Enrique con cariño, y entra en la escena.*)

Zenko. Las siete. El sol se oculta ya en el horizonte, y las casas de *Como* nadan entre esa impalpable lluvia de oro que les es peculiar, y que les presta la tibia y perfumada atmósfera de este delicioso pais. No tiene duda, este sol de Italia no se parece á ningun otro. (*dirigiéndose á Enrique que inclina un poco la cabeza sobre el lago.*) Allí está inmóvil, como una estátua de mármol!... Cuidado, señor, no vayas á dormirte en ese sitio: seria peligroso... (*movimiento de Enrique.*) Bien, señor, bien, no es mi objeto molestarte en tus meditaciones. (*hablando consigo mismo.*) Pobre señor!... La partida de la princesa le ha puesto triste. Paciencia! Mañana á esta hora la veremos regresar de Milan, en la barca que la ha conducido ayer. (*Zenko va colocando las flores en los jarrones que hay sobre las mesas.*)

Enr. (*descendiendo á la escena.*) Dime, Zenko, por qué despojas tan inhumanamente el jardin de tu señora?

Zenko. Porque así me lo ha prevenido al partir. Me ha dicho que cuando ella esta aquí, sus flores os pertenecen á ambos; pero que en su ausencia no deben pertenecer mas que á tí solo.

Enr. Pobre Margarita!... El correo de esta tarde no ha traido nada para mí?

Zenko. Nada.

Enr. Tanto mejor. Mi padre no me contesta, y esto me prueba que, accediendo á mis súplicas, vendrá perso-

nalmente á verme. Veamos... Me batí el quince con Wurgen; el diez y seis partí de la frontera; hoy cumplen diez y ocho dias; mi padre ha debido recibir mi carta una semana despues; diez dias para prepararse, y lo que puede emplear en el viaje es tiempo mas que suficiente para presentarse en Como. Por mi cuenta debió llegar ayer, hoy lo mas tarde. Pobre padre mio!... cuánto deseo estrecharle en mis brazos. Qué habrá dicho Magdalena cuando le haya revelado mi determinacion?... No quiero pensarlo!... Esta sola idea trastorna mi razon. *(momentos de silencio en que Enrique parece absorvido en sus meditaciones. Zenko trae un quinqué, el cual coloca sobre un velador que habrá en medio de la escena.)* Pregunta á la dueña de la casa si la diligencia de *Como* tardará mucho en llegar.

ZENKO. Hace mas de una hora que pasó. De ella se han apeado únicamente dos ingleses, que se han hospedado tambien aquí. Por lo que observo, creo que estás mejor esta noche, no es cierto?

ENR. *(sentándose en el divan.)* Si, Zenko, mucho mejor.

ZENKO. Te encuentro menos pálido tambien.

ENR. (Y sin embargo, mi sangre se abrasa...)

ZENKO. Quieres dar tu cuotidiano paseo por el lago?... En ese caso voy á buscar la barca, y conducirla al pié de la azotea...

ENR. *(adelantándose.)* Si, creo que me hará provecho... *(Zenko va á marcharse.)* Espera... creo que oigo pasos...

ZENKO. *(señalando la puerta de entrada.)* Si, por aquí...

ENR. Hablan... yo conozco esa voz...

ZENKO. *(mirando.)* El es... *(Enrique corre al encuentro de su padre y se arroja en sus brazos; ambos permanecen en esta situacion por algunos momentos, sin pronunciar una palabra.)*

ESCENA II.

BIERGES *y* ENRIQUE.

BIER. *(le estrecha cariñosamente la mano.)* (Qué cambiado está!...)

ENR. *(haciendo sentar á su padre y sentándose á su lado.)* El viaje ha sido bueno? Te has cansado mucho?...

BIER. No, hijo mio...

ENR. Qué dia recibiste mi carta?

BIER. El veinte y dos, dia de tu cumpleaños!...

ENR. *(suspirando.)* Qué casualidad!...

BIER. Dime, la princesa vive aquí contigo?...

ENR. No, querido padre; habito solo en esta hospederia. La princesa tiene arrendada una pequeña casa de campo, cuyos jardines comunican con esa azotea ó mirador... Tranquilízate, estás en mi casa...

BIER. Pero segun tu mismo dices, puede venir hasta aquí por los jardines, y no quisiera encontrarme con ella antes de haberte hablado.

ENR. Nada temas; ha tenido la delicadeza, sabiendo que yo te esperaba, de partir ayer para Milan.

BIER. Ah!...

ENR. Yo mismo la acompañé hasta *Como*, á la otra orilla del lago. Su objeto es presentarse al archiduque, para prevenir, si es posible, la confiscacion de los bienes que posee en Austria. Ella comprende que esto es muy difícil... pero estoy seguro que ha improvisado tan delicado pretesto para dejarnos solos y libres. No debe volver hasta pasado mañana, ó lo mas pronto, mañana por la noche... ya ves que puedes ser todo lo sincero y franco que quieras.

BIER. Y para qué?... No me has escrito que tu resolucion era irrevocable?...

ENR. Es verdad.

BIER. Entonces, á qué hacerte ninguna reflexion?

ENR. Conoces, tan bien como yo mismo, porque te lo he escrito hace dias, hasta las menores circunstancias de este drama. En presencia de la situacion en que me hallaba colocado, no tenia mas que dos partidos en que elegir.

BIER. Segun tu opinion, si.

ENR. Y no es la tuya tambien?

BIER. Podria encontrar algunos argumentos para convencerte de error, si nos hallásemos en Paris, en vez de hallarnos á orillas del lago de *Como*. Por qué no has ido tú, personalmente, á decirme eso mismo en vez de escribirme?

ENR. Porque es inútil discutir cuando existe un convencimiento profundo. Ademas, padre mio, confiesa que en el caso presente, no hay discusion posible tratándose de un hombre honrado... Aun me estremezco al pensar las desgracias que podian haber resultado solo con haber yo dudado un momento en el cumplimiento de mis deberes...

BIER. Y si cuando esta señora ha quedado viuda, te hubieses hallado en la imposibilidad de favorecerla... y si tú mismo te hubieses encontrado casado ya?... Esto ha podido suceder, mi querido Enrique... solo ha sido cuestion de dias... Otro padre no te hubiera dejado partir antes de cumplir tu compromiso.

ENR. Si, pero aun era libre, y esta cuestion solo es de destino.

BIER. Es verdad.

ENR. Ademas, no se trataba ya de mi felicidad, sino de la suya. La princesa tiene derecho á ser dichosa, y yo quiero que lo sea. No es culpa suya si hoy la faltan mi amor y tu simpatía.

BIER. Y no amando á una mujer, temiendo fundadamente que tu padre no la ame tampoco, crees hacer su felicidad con solo darla tu nombre? Es arriesgar mucho, Enrique...

ENR. Habré cumplido con mi deber; y mi padre, que no transige jamás en cuestiones de honra y de probidad, mi padre, que es un modelo de virtudes, me ayudará. Estoy de ello convencido.

BIER. Cuándo piensas que se verifique tu boda?

ENR. Dentro de un año... pasada la época del luto.

BIER. *(levantándose.)* Está bien; pero todo este tiempo piensas permanecer en *Como*, distraido en contemplar el lago y las montañas?

ENR. La princesa no puede volver á presentarse en Paris, sino despues de casada.

BIER. Lo comprendo así; pero tú, desterrándote de la corte, vas á sacrificar tu posicion y tu destino, del cual tendrás luego necesidad, enlazándote con una mujer pobre. No es un reproche, Enrique, es solo una reflexion; en todo caso debes estar convencido que yo no te abandonaré nunca.

ENR. *(estrechando la mano de su padre.)* Mil gracias, padre mio; respecto á este punto, ya pensaremos lo mas conveniente. Ahora, dime otra cosa; cómo se ha recibido en Paris la noticia de este suceso? Qué dicen?

BIER. En Paris? Quién?

ENR. Nuestros amigos.

BIER. No me has prevenido que guardára silencio con todo el mundo?

ENR. Escepto con una persona...

Bier. Con Magdalena, no es esto?

Enr. Si.

Bier. Ni la he dicho nada, ni se lo diré jamás!... No, no, mi querido Enrique; esa pobre niña; que ha tenido desde un principio una confianza ilimitada en mí, aceptó cuanto me vi obligado á contarla, respecto á tu ausencia, y de una mision urgente que el ministro te confiaba. Me ha creido, y no iré á desmentirme ante ella, apareciendo á sus ojos como cómplice de lo que hoy sucede.

Enr. Sin embargo...

Bier. Abrumado con el peso de mi responsabilidad, fuí á buscar á la baronesa, y la supliqué encarecidamente se encargase de comision tan delicada. «Cómo, me dijo, despues que Enrique nos ha comprometido á todos con Magdalena y su familia, quiere ponernos aun mas en ridículo declinando sobre nosotros la responsabilidad que hoy pesa sobre él?... Oh! no, no; que se arregle como pueda; yo no me encargo de una comision tan difícil...» La baronesa tenia razon.

Enr. La baronesa, tal vez, pero tú eres mi padre, comprendes lo que sufro, sabes perfectamente que no hago mas que cumplir con un cruel sacrificio... Oh! ten piedad de mí, ayúdame...

Bier. Contra Magdalena!... Esa niña tambien me llama su padre, y no quiero que aprenda á odiarme.

Enr. Está bien; la escribiré... pero qué decirle?... Dios mio!... habré de redactar una carta fria, una escusa insultante; algunas líneas vergonzosas, en las cuales no podré decir la verdad sin ultrajarla, y sin ultrajar al propio tiempo á la mujer que debe serlo mia!... Oh!... no, no, imposible! Tú deberias comprenderlo, y evitarme tan horrible suplicio.

Bier. Romper tu compromiso con Magdalena por medio de una carta, seria, no solo una inconveniencia, sino una mala accion. No te aconsejé que la escribieses? Por qué no la ves? Por qué no hablarla?

Enr. Ir yo á Paris! Permitirme penetrar en su casa!... Jamás! Sé demasiado lo que sucederia, y no quiero esponerme.

Bier. Para una entrevista como la que yo deseo, no es necesario que vayas á Paris.

Enr. Qué dices?

Bier. Que todos los años Magdalena viene à Italia á pasar algunos meses en compañía de su madre, á la que los facultativos han recomendado las aguas y los aires de Pisa.

Enr. Continua...

Bier. Preciso era que yo diese á Magdalena una razon de mi viaje, y de tu prolongada ausencia, que iba ya haciéndose inesplicable. La baronesa me ha sujerido la idea de decirla, que hallándote enfermo en *Como*, abandonaba á Paris para reunirme contigo. *Como*, se halla precisamente en el camino de Pisa; Magdalena y su madre han venido en mi compañía.

Enr. (*aterrado.*) Y vendrá aquí?

Bier. Y por qué no?

Enr. Ah!... padre mio, te adivino. Tú no has aceptado tu parte en el sacrificio que mi destino me impone; te resta la esperanza de mi debilidad. Necesitabas un auxiliar contra mí, y eliges á Magdalena!!... Mírame frente á frente; tu conciencia te dice que es honroso lo que intentas?

Bier. (*con nobleza y gravedad.*) Y por qué no? Yo no tengo compromiso alguno ni mas cariño que el de esa jóven... Temes por la vida de una mujer que te ama, sea... pero la señorita Dampmesnil te ama tambien; me respondes tú de la suya? Esa niña de mi eleccion, es la hija que me has prometido, y cuya mano pediste solemnemente á su madre, es decir, á Dios!... Ahora, por un necio pun o de honor, en el cual no quieres admitir á tu padre por juez, tratas de sacrificarla? Hazlo, pues, si tienes valor para ello; pero mi deber es luchar por ella; derecho que me prescribe mi edad, mi conciencia, mi corazon. El suyo es defenderse; y puesto que se halla aquí, ella se defenderá. (*Magdalena aparece en el dintel de la puerta.*)

ESCENA III.

Los mismos, Magdalena.

Mag. No lo intentaré.

Enr. Magdalena!

Mag. (*á Bierges.*) La causa es mala, señor de Bierges; es una causa perdida... Lo sé todo. (*á Enrique.*) Al dejarme conducir hasta aquí, no fué mi idea aumentar vuestros sufrimientos (*á Bierges.*) Perdonadme si os retiro el apoyo que vos esperabais; pero es mi conciencia la que habla, y quiero estimar siempre á aquel que por un momento me fué permitido amar. Gracias al apoyo de vuestro paternal cariño, puedo verle una vez aun, y abrirle mi corazon...

Enr. Dios mio, Dios mio!...

Mag. (*á Enrique.*) Apruebo la noble y valerosa resolucion que habeis tomado; si obraseis de otra manera, me creeria en el deber de despreciaros; si mi voz tiembla al decirlo, si mis ojos evitan vuestra mirada, no atribuyais mi natural turbacion á ningun sentimiento malo. Me cuesta mucho renunciar para siempre al hombre á quien amaba, á cuyo lado hubiese sido dichosa; me es en estremo doloroso renunciar al cariño de un padre que tan dignamente habia reemplazado al mio; pero comprendo perfectamente los deberes del honor y de la probidad, y en su consecuencia, Enrique, os devuelvo vuestra palabra. (*Bierges cae sobre una silla demostrando la afliccion que le domina.*)

Enr. Esto solo faltaba á mi desgracia!... Su noble generosidad me asesina!...

Mag. Sometámonos al destino, Enrique, y tengamos valor.

Enr. Para vos, Magdalena, aun puede haber dicha y felicidad cumplida; pero para mí, que habré de pasar todas las horas que me restan de vida, inclinado bajo el peso de un deber terrible, de una deuda dolorosa, de qué me serviria el valor?... Mi destino es sufrir largo tiempo, alimentando la serpiente que roe mi corazon...

Mag. Si el recuerdo de una amiga cariñosa y fiel puede contribuir á endulzar vuestras penas, contad siempre con mi amistad.

Enr. Ni aun eso podeis prometerme, Magdalena; esa amistad protectora me será negada un dia, porque el porvenir no os pertenece.. Mañana tal vez cesareis de ser libre; y ni aun se os concederá el derecho de conservarme un solo recuerdo...

Mag. Y por qué?

Enr. Oh! bien lo sabeis...

Mag. No, Enrique, no... tranquilizaos; soy independiente! Nada me resta en el mundo mas que mi madre, y como á su cariño y cuidado debo todos los instantes de mi vida, no me casaré jamás!... De este modo conservaré libre é inalterable la amistad que os ofrezco, y entre vuestra imágen y yo, no se interpondrá jamás, os lo juro, la mas ligera sombra. (*Enrique se arrodilla silenciosamente delante de ella. A Bierges.*) Ahora... partamos...

Enr. (*en ademan de súplica.*) Una palabra mas, una mirada, Magdalena!... La última, por piedad!...

Bier. Basta!... Basta... por ella y por tí! (*Bierges coje el brazo de Magdalena y la arrastra hácia la puerta.*)

Mag. (*tendiendo la mano á Enrique.*) Adios, adios!

Enr. Adios!... (*En el momento en que Enrique se arrodilla, la cortina ó colgadura que cubre en el fondo la arcada de la izquierda, se alza lentamente y entre sus pliegues aparece la cabeza de Margarita, pálida y desencajada. Lo ha escuchado todo y devora anhelante el último adios de Enrique y de Magdalena. Arrimada á la pared y con los brazos abiertos, recorre el gabinete hasta colocarse en la puerta por donde salieron y enfrente de Enrique, que permanece aun de rodillas, con la cabeza inclinada y sollozando.*) Oh!... Dios mio!... y no poderla decir cuánto la adoro!... Yo me ahogo!... Ah!... (*levanta de pronto la cabeza y ve á Margarita inmóvil y blanca como una estátua, que permanece en el dintel de la puerta. Enrique se levanta, exhala un grito y quiere correr á ella.*) Margarita!! Margarita!... (*Une las manos como pidiéndola perdon, pero aterrado ante la fria mirada de Margarita, retrocede, vacila un instante y cae sin conocimiento sobre el canapé de la izquierda. Entonces, Margarita, que no ha cesado de mirarle, se dirige al velador y escribe algunas líneas con mano temblorosa; se levanta, lleva el pañuelo á los ojos, y con paso vacilante se dirige hácia el terrado; de pronto se detiene, observa á Enrique que permanece inmóvil, y dirigiéndose á él, besa su mano y sus cabellos. Enrique se estremece á este contacto, y temiendo Margarita que vuelva en sí, se retira nuevamente, mirándole siempre hasta que llega á la azotea, levanta la cortina y desaparece, haciendo un supremo esfuerzo. La cortina vuelve á cerrar la puerta, y á los pocos momentos se oye un ruido sordo, como el de un cuerpo que cae en el agua.*)

ESCENA IV.

Enrique, Bierges, *despues* Zenko.

Bier. (*entrando.*) Mi hijo!... Dónde está mi hijo?... Enrique, Enrique! (*corriendo hácia él.*) Ah! frio! inmóvil... Pobre hijo mio!... (*Le estrecha en sus brazos y le reanima.*)

Enr. (*volviendo en sí y con voz apenas inteligible.*) Dónde está?... Dónde?

Bier. Quién?

Enr. La princesa.

Bier. Cielos!... Se hallaba aquí?...

Enr. (*corriendo al velador y cogiendo aterrorizado la carta que escribió Margarita.*) «Me habeis »pagado vuestra deuda, Enrique, y á mi vez debo satisfacer la mia.—Margarita.» (*á su padre.*) Dónde está, padre mio?... (*llamándola con desesperacion.*) Margarita! Margarita! (*Un rumor siniestro se apercibe fuera de la escena; Zenko aparece en la puerta del fondo, aterrado, y en el mayor desconcierto; va á hablar, y Bierges le detiene; cae de rodillas, mirando á la terraza y cubriéndose el rostro con ambas manos.*)

Bier. Silencio, desgraciado! No pronuncieis una palabra!...

Enr. (*comprendiéndolo todo.*) Oh!... Miserable de mí!... Yo soy su asesino, y debo morir tambien... (*Se lanza frenético á la azotea; pero su padre le sale al encuentro y le detiene.*)

Bier. (*con voz ahogada por los sollozos.*) Y qué seria de tu infeliz padre!! (*Enrique se detiene á este grito de dolor, y se arroja en los brazos de su padre, formando el cuadro final.*)

FIN.

MADRID.
IMPRENTA DE M. ALVAREZ—Espada—6.
1861.